LIBRARY OF PRINCETON
SEP 27 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1472.A1 B68
Boletmn eclesiastico.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/boletineclesiast1001cath

LAP

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO C ENERO Y FEBRERO DE 1993 • Nos. 1 y 2

LIBRARY OF PRINCETON
APR 12 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

(ECUADOR)



Con el lema "Con María a Jesucristo ayer, hoy y siempre", se realizó en la ciudad de Ibarra el V Congreso Nacional Mariano, del 8 al 12 de diciembre de 1992.

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO C ENERO Y FEBRERO DE 1993 • Nos. 1 y 2

DIRECTOR:
Rvmo. Sr.
Héctor Soria S.
Telf.: 210 703
Apartado 17-01-00106

ADMINISTRADORA:
Hna. Regina Córdova
Telf.: 214 429
Apartado 17-01-00106

Suscripción anual
dentro del país
S/. 5.000,oo
Fuera del país
US $ 40,00

SE ACEPTAN
CANJES

Textos, arte y
diagramación.
Mora & Asociados
Telf.: 438 866

LIBRARY OF PRINCETON
APR 12 1993
THEOLOGICAL SEM.

Editorial

El Nuevo Año 1993

El año 1992, que terminó, ha sido el año del quinto centenario del descubrimiento de América y, para la Iglesia, el del quinto centenario del inicio de la evangelización de nuestro continente. Se ha conmemorado este quinto centenario con acontecimientos importantes como la "Expo 92" de Sevilla o la inauguración del Faro de Colón en Santo Domingo, pero también con airadas protestas especialmente de los pueblos indígenas de América, que han querido conmemorar los quinientos años de resistencia. La Iglesia Católica celebró los quinientos años de la evangelización de América con la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, llevada a cabo en Santo Domingo, República Dominicana, del 12 al 28 de octubre de 1992. La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo proyecta para la Iglesia en América Latina un renovado empeño pastoral para emprender una Nueva Evangelización, que repercuta en la promoción humana y en la cultura cristiana de los pueblos de América Latina y el Caribe.

El año 1992, ha sido para el Ecuador el de la agudización de la crisis económica, que ha afectado con grave contundencia a las grandes mayorías de nuestro pueblo.

Por lo mismo, con ocasión de la iniciación del Año Nuevo 1993, se le augura al pueblo ecuatoriano con la protección de Dios una convalecencia significativa de su economía, a fin de que se aseguren el bienestar y la paz de todos los ecuatorianos. El Papa Juan Pablo II, en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993, ve en la pobreza y en la miseria que sufren los pueblos una fuente de conflictos y tensiones, que constituyen una indudable amenaza para la paz. Oportunamente nos propone, como lema para esta Jornada de la Paz, el siguiente: "Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre".

La convalecencia económica que se desea para el Ecuador exige de todos los sectores de nuestro pueblo una mayor dedicación al trabajo, para fomentar efectivamente la producción agrícola e industrial y para mejorar los servicios. Sólo el fomento de la producción podrá frenar y regular el acelerado proceso inflacionario, que afecta nuestra economía. La convalecencia económica que se desea para el Ecuador exige que se

creen fuentes de trabajo y se propicie un clima social de paz y tranquilidad, que no sea perturbado por conflictos, huelgas y paros, que no solucionan el problema social, sino lo agravan.

La convalecencia económica que se desea para el Ecuador exige una mayor unión de las funciones del Estado, de los sectores políticos, sociales y populares, para buscar juntos las soluciones al problema económico y social.

Como nos recuerda Juan Pablo II en su citado mensaje, es urgente que los poderes públicos aporten a los mecanismos económicos los correctivos necesarios que les permitan garantizar una distribución más justa y equitativa de los bienes. Para esto, no basta sólo el funcionamiento del mercado; es necesario que la sociedad asuma sus responsabilidades, multiplicando los esfuerzos para eliminar las causas de la pobreza con sus trágicas consecuencias.

A los gobernantes, legisladores, magistrados, empresarios, responsables sindicales y a todos los que trabajan por la promoción humana, por el bien común del pueblo y por el afianzamiento de la paz, se les exhorta, con la Conferencia de Santo Domingo, a que, en el

ejercicio de su respetable misión al servicio del pueblo ecuatoriano, se empeñen en favor de la justicia, de la solidaridad y del desarrollo integral, guiados por el indispensable imperativo ético en sus decisiones.

Al pueblo ecuatoriano y a los fieles de la Arquidiócesis de Quito anhelamos, con la protección de Dios, prosperidad y paz en el Nuevo Año 1993.

DOCUMENTOS
DE LA SANTA SEDE

Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la VIII Jornada mundial de la juventud, que se celebrará en Denver en 1993

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

Muy queridos jóvenes:

1. Después de los encuentros de Roma, de Buenos Aires, de Santiago de Compostela y de Czestochowa, sigue nuestra peregrinación sobre los caminos de la historia contemporánea. La próxima etapa será en Denver, en el corazón de los Estados Unidos, junto a las Montañas Rocosas del Colorado, donde, en agosto de 1993, se celebrará la VIII Jornada Mundial de la Juventud. Allí, junto a tantos jóvenes americanos, se darán cita, como ya ha sucedido en los encuentros anteriores, chicos y chicas de todo el mundo, representando la fe más viva o, al menos, la búsqueda más apasionada del universo juvenil de los cinco continentes.

Estas manifestaciones periódicas no quieren ser un *rito convencional*, es decir, un acontecimiento que se justifique en su misma repetición. Al contrario, nacen más bien de una *necesidad profunda* que tiene su origen en el corazón del ser humano y se refleja en la vida de la Iglesia, peregrina y misionera.

Las Jornadas y los Encuentros mundiales de la juventud marcan *providenciales momentos de reflexión:* ayudan a los jóvenes a interrogarse sobre sus aspiraciones más íntimas, a profundizar su sentido eclesial, a proclamar con creciente gozo y audacia la común fe en Cristo, muerto y resucitado. Son momentos en los que muchos de ellos maduran opciones valientes e iluminadas, que pueden contribuir a orientar el futuro de la historia bajo la guía, al mismo tiempo fuerte y suave, del Espíritu Santo.

En el mundo presenciamos la «sucesión de los imperios», es decir, la sucesión de intentos de unidad política que determinados hombres imponen a otros hombres.

Los resultados están a la vista de todos. No es posible construir una verdadera y constante unidad mediante la constricción y la violencia. Una meta tan alta sólo se puede alcanzar construyendo sobre el fundamento de un común patrimonio de valores acogidos y compartidos, como, por ejemplo, el respeto a la dignidad del ser humano, la acogida de la vida, la defensa de los derechos del hombre, la apertura a la trascendencia y a las dimensiones del espíritu.

En esta perspectiva, respondiendo a los desafíos del tiempo que cambia, el encuentro mundial de los jóvenes quiere ser *semilla y propuesta de una nueva unidad*, que trasciende el orden político, pero que lo ilumina. Se funda en la certeza de que solo el Artífice del corazón humano puede dar una respuesta adecuada a los deseos que en él se albergan. De esta forma la Jornada Mundial de la Juventud se convierte en el anuncio de Cristo que proclama, también a los hombres de este siglo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

2. Entramos así de lleno en el tema que guiará la reflexión durante este año de preparación a la próxima «Jornada».

En todas las lenguas existen varios términos para expresar lo que el hombre no quiere perder bajo ningún concepto, lo que constituye su aspiración, su deseo, su esperanza; *pero ninguna otra palabra como el término «vida»* logra resumir en todas ellas de forma tan completa las mayores aspiraciones del ser humano. «Vida» indica la suma de los bienes deseados y al mismo tiempo aquello que los hace posibles, accesibles, duraderos.

¿Acaso la historia del hombre no está marcada por una fatigosa y dramática búsqueda de algo o alguien que sea capaz de liberarlo de la muerte y de asegurarle la vida?

La existencia humana conoce momentos de crisis y de cansancio, de desilusión y de oscuridad. Se trata de una experiencia de insatisfacción que se refleja bien en tanta literatura y en tanto cine de nuestros días. A la luz de un esfuerzo tan grande es fácil comprender la particular dificultad de los adolescentes y de los jóvenes que se dirigen, con el corazón encogido, hacia ese conjunto de promesas fascinantes y de oscuras incógnitas que presenta la vida.

Jesús ha venido para dar la respuesta definitiva al deseo de vida y de infinito que el

Padre celeste, creándonos, ha inscrito en nuestro ser. En la culminación de la revelación, el Verbo encarnado proclama: «Yo soy la vida» (*Jn* 14, 6), y también: «Yo he venido para que tengan vida» (*Jn* 10, 10). ¿Pero qué vida? La intención de Jesús es clara: *la misma vida de Dios*, que está por encima de todas las aspiraciones que pueden nacer en el corazón humano (cf. *1 Co* 2, 9). Efectivamente, por la gracia del bautismo, nosotros ya somos hijos de Dios (cf. *1 Jn* 3, 1-1).

Jesús ha salido al encuentro de los hombres, ha curado a enfermos y a los que sufren, ha liberado a endemoniados y resucitado a muertos. Se ha entregado a sí mismo en la cruz y ha resucitado, manifestándose de esta forma como *el Señor de la vida;* autor y fuente de la vida inmortal.

3. La experiencia cotidiana nos enseña que la vida está marcada por el *pecado* y amenazada por la *muerte*, a pesar de la sed de bondad que late en nuestro corazón y del deseo de vida que recorre nuestros miembros. Por poco que estemos atentos a nosotros mismos y a las situaciones que la existencia nos presenta, descubrimos que *todo dentro de nosotros nos empuja más allá de nosotros mismos*, todo nos invita a superar la tentación de la superficialidad o de la tentación. Es entonces cuando el ser humano está llamado a hacerse discípulo de aquel Otro que lo transciende infinitamente, para entrar finalmente en la vida eterna.

Existen *falsos profetas y falsos maestros de vida*. Hay maestros que enseñan a salir del cuerpo, del tiempo y del espacio para poder entrar en la «vida verdadera». Estos condenan la creación y, en nombre de un falso espiritualismo, conducen a miles de jóvenes por caminos de una liberación imposible, que al final los deja más solos, víctimas del propio engaño y del propio mal.

Aparentemente en el polo opuesto, los maestros del «carpe diem» invitan a seguir toda inclinación o apetencia instintiva, con el resultado de hacer caer al individuo en una angustia llena de inquietud, acompañada de peligrosas evasiones hacia falaces paraísos artificiales, como el de la droga.

También hay maestros que sitúan el sentido de la vida exclusivamente en el éxito, en el deseo de riquezas, en el desarrollo de las capacidades personales, sin tener en cuenta la existencia de los otros ni el respeto por los valores, ni siquiera por el valor fundamental de la vida.

Estos y otros tipos de falsos maestros de vida, numerosos también en el mundo contemporáneo, proponen objetivos que no solo no sacian, sino que agudizan y aumentan la sed que arde en el alma del hombre.

¿Quién podrá por tanto medir y colmar sus deseos? ¿Quién, sino Aquel que, siendo el autor de la vida, puede saciar el deseo que El mismo ha puesto dentro de su corazón? El se acerca a cada uno para proponerle el anuncio de una esperanza que no engaña; El, que es al mismo tiempo el camino y la vida: *el camino para entrar en la vida.*

Nosotros solos no sabremos realizar aquello para lo cual hemos sido creados. En nosotros hay una promesa, pero nos descubrimos impotentes para realizarla. Sin embargo el Hijo de Dios, que vino entre los hombres, dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14, 6). Según una sugestiva expresión de San Agustín, Cristo «ha querido crear un lugar donde cada hombre pueda encontrar la vida verdadera». Este «lugar» es su Cuerpo y su Espíritu, en el que toda la realidad humana, redimida y perdonada, se renueva y diviniza.

4. Efectivamente, la vida de cada uno de nosotros ha sido pensada antes de la creación del mundo, y con razón podemos repetir con el salmista: «Señor tú me sondeas y me conoces... tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno» (*Sal* 139).

Esta vida, que estaba en Dios desde el principio (cf. *Jn* 1, 4), es vida que se dona, que nada retiene para sí y que, sin cansarse, libremente se comunica. Es luz, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (*Jn* 1, 9). Es Dios, que vino a poner su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1, 14) para indicarnos el camino de la inmortalidad propia de los hijos de Dios y para hacerlo accesible.

En el misterio de su cruz y de su resurrección, Cristo ha destruido la muerte y el pecado, ha abolido la distancia infinita que existía entre cada hombre y la vida nueva en él. «Yo soy la resurrección y la vida —proclama—; quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (*Jn* 11, 25).

Cristo realiza todo esto donando su Espíritu, dador de vida, *en los sacramentos;* particularmente en el *bautismo,* sacramento que hace de la existencia recibida de los padres, frágil y destinada a la muerte, un camino hacia la eternidad; en el sacramento

de la *penitencia* que renueva continuamente la vida divina gracias al perdón de los pecados; en la *Eucaristía* «pan de vida» (cf. *Jn* 6, 35), que alimenta a los «vivos» y hace firmes sus pasos en la peregrinación terrena, hasta poder llegar a decir con el apóstol San Pablo: «Yo vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gal.* 2, 20).

5. La vida nueva, don del Señor resucitado, se irradia después a todos los ámbitos de la experiencia humana: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de todos los días y en el tiempo libre.

La vida nueva comienza a florecer aquí y ahora. Signo de su presencia y de su crecimiento es la caridad: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida —afirma San Juan— porque amamos a nuestros hermanos» (*1 Jn* 3, 14) con un amor de obra y en verdad. La vida florece en el don de sí a los otros, según la vocación de cada uno: en el sacerdocio ministerial, en la virginidad consagrada, en el matrimonio, de modo que todos puedan, con actitud solidaria, compartir los dones recibidos, sobre todo con los pobres y los necesitados.

Aquel que «nazca de lo alto» será capaz de «ver el reino de Dios» (cf. *Jn* 3, 3) y de comprometerse en la construcción de estructuras sociales más dignas del hombre y de cada hombre, en la promoción y defensa de la cultura de la vida contra cualquier amenaza de muerte.

6. Queridos jóvenes, vosotros os hacéis intérpretes de una pregunta que, frecuentemente, os hacen muchos de vuestros amigos: ¿cómo y dónde podemos encontrar esta vida, cómo y dónde podremos vivirla?

La respuesta la podéis encontrar vosotros mismos, si tratáis de permanecer fielmente en el amor de Cristo (cf. *Jn* 15, 9). Vosotros podréis experimentar directamente la verdad de su palabra: «Yo soy... la vida» (*Jn* 14, 6), y podréis llevar a todos este gozoso anuncio de esperanza. El os ha constituido sus embajadores, primeros evangelizadores de vuestros coetáneos.

La próxima Jornada Mundial de la Juventud en Denver nos ofrecerá una ocasión propicia para reflexionar juntos sobre este tema de gran interés para todos. Pero hay que prepararse para esta importante cita, mirar a nuestro alrededor para encontrar y reconocer aquellos «lugares» en los que Cristo está presente como manantial de

vida. Pueden ser las comunidades parroquiales, los grupos y movimientos de apostolado, los monasterios y casas religiosas, y también personas concretas a través de las cuales, como sucedió a los discípulos de Emaús, él hace que arda nuestro corazón y se abra a la esperanza.

Queridos jóvenes, con espíritu de gratuidad, sentíos directamente implicados en la tarea de la nueva evangelización, que compromete a todos. Anunciad a Cristo que «murió por todos a fin de que los que viven no vivan ya para ellos sino para el que murió y resucitó por ellos" (2 *Co* 5, 15).

7. A vosotros, *muy queridos jóvenes de los Estados Unidos*, que daréis hospitalidad a la próxima Jornada mundial de la juventud, se os ha concedido la alegría de acoger como un don del Espíritu el encuentro con tantos jóvenes que desde todos los lugares del mundo llegarán como peregrinos a vuestro país.

Ya os estáis preparando para ello mediante una gran actividad espiritual y organizativa, en la que están implicados todos los miembros de vuestras comunidades eclesiales.

Deseo de corazón que un acontecimiento tan extraordinario contribuya a acrecentar en cada uno el entusiasmo y la fidelidad en el seguimiento de Cristo y a acoger con gozo su mensaje, fuente de vida nueva.

Os confío a la protección de la Santísima Virgen, por medio de la cual hemos recibido al autor de la vida, Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. Con gran afecto os bendigo a todos.

Vaticano, 15 de agosto de 1992, solemnidad de la Asunción de María Santísima.

Joannes Paulus PP. II

Peregrinos juntos hacia Denver

CARDENAL EDUARDO F. PIRONIO
Presidente del Consejo Pontificio para los laicos

1. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10). Es el tema que el Papa propone a los jóvenes —y a toda la comunidad cristiana— para la próxima Jornada mundial de la juventud. Es importante comprender el sentido de esta frase de Jesús en toda su integridad y asumirla con gozosa generosidad. El Santo Padre lo explica detalladamente en el mensaje que dirige a los jóvenes y a las jóvenes del mundo. En un momento en que explota nuevamente la violencia y se generaliza *la cultura de la muerte*, el Papa nos propone la Vida, se la propone, sobre todo, a los jóvenes que son la expresión más clara y concreta de la vida; ver a un joven, a una joven, es sentir más cercana y más posible la vida. Es creer que la vida es todavía posible porque es posible la paz en la sinceridad del amor. Cómo nos duele cuando vemos a los jóvenes *subestimar* la vida, o *perderla o gastarla* inútilmente; cuando vemos a los jóvenes (o a los niños) que son víctimas absurdas del odio, la violencia, la muerte. Cómo nos duele cuando vemos que los jóvenes van perdiendo la esperanza en la vida. Juventud, vida y esperanza, son tres palabras que van inseparablemente unidas. Pero para vivirlo así hay que vivir centrados en Cristo Jesús que es «nuestra Vida» (cf. *Col* 3, 4) y «nuestra esperanza» (*1 Tm* 1, 1).

2. «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14, 6). El tema que nos propone el Papa se refiere a Jesús, *el buen pastor*. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10). Es interesante notar que Jesús dice estas palabras inmediatamente después de haber hablado de los *malos pastores*, es decir, de los *malos maestros de vida*, de los cuales habla el Papa en su mensaje a los jóvenes: «El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir». Jesús, en cambio, es la Vida, da su vida, nos comunica la vida divina, la vida eterna: «En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna» (*Jn* 6, 47). Creer en Jesús, el enviado del Padre, es tener ya la vida eterna. La fe en Jesús anticipa la eternidad en el tiempo; pero hay que creer de veras, con la fe operativa de María: «Feliz de ti porque has creído» (*Lc* 1,45). Es la fe que nos lleva al sacramento: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (*Jn* 6, 54). Por eso Jesús no habla simplemente de la vida, sino de la vida *en abundancia*, es decir, de la vida en su plenitud: material y espiritual, humana y divina, temporal y eterna. ¡Qué bueno es pensar, por ejemplo,

que un joven tan amante de la vida, como Pier Giorgio Frassati, haya vivido en plenitud su vida humana y espiritual, universitaria y deportiva, apostólica y política, y sea ahora propuesto por la Iglesia a los jóvenes como modelo de «vida en abundancia»! De aquella vida divina, iniciada en el tiempo y consumada en la eternidad. Los jóvenes vuelven su mirada a Jesús, que es la Vida. Necesitan vivir, aman la vida, buscan la vida.

3. «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?» (*Mc* 10, 17), pregunta a Jesús un joven que ha sido siempre fiel a la ley pero que experimenta deseos de ser más feliz todavía, de *volar más alto,* de vivir *en abundancia.* «Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: "Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo: luego, ven y sígueme"» (*Mc* 10, 21). ¡Que hermoso encuentro entre el «maestro bueno» y el joven fiel e inquieto, que pregunta por *la vida* y a quien Jesús miró con amor de predilección y le mostró un camino nuevo —original y único, no opuesto, sino distinto y más perfecto—: «ven y sígueme». Es un llamado nuevo, personal, irrepetible: si quieres *vivir de veras,* líbrate de ti mismo y de las cosas, sé pobre y desprendido, aprende no solo a dar, sino a darte a ti mismo, no solo a cumplir la ley sino a vivir una vida nueva en el Espíritu y seguir radicalmente a Cristo. Lástima que al joven le faltó coraje para dar el paso y «se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (*Mc* 10, 22).

4. «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida» (*Jn* 10, 17). Jesús es nuestra vida: «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1, 21); «Cuando aparezca Cristo, vida nuestra» (*Col* 3, 4); «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 19-20). Son todas formas distintas para expresar la identidad de Cristo: «Yo soy la vida» (cf. *Jn* 14, 6). Pero Jesús no se contenta con ser la vida; quiere dar su vida y comunicarnos la Vida. Dar su vida por nosotros es la expresión más grande de su amor por los amigos: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13). Es el signo de la donación total, cuando los discípulos de Emaús contaron cómo habían conocido a Jesús «en la fracción del pan» (cf. *Lc* 24, 35), estaban recordando que este misterioso peregrino del camino era Jesús, aquel amigo que poco antes había dado su vida en la cruz por sus amigos. Es bueno aprender esta lección: no basta vivir; hay que aprender a dar la vida por los otros. Dar la vida en actitud cotidiana de amor y de servicio es olvidarse de sí mismo para pensar en el sufrimiento de los demás, es compartir los propios bienes (espirituales y materiales) en un sencillo gesto de solidaridad; es dar su propio

tiempo (el más precioso, el que más necesitamos) para aliviar la miseria de nuestro prójimo: «Haz eso y vivirás...» «Vete y haz tú lo mismo» (cf. *Lc* 10, 25.37). La parábola del buen samaritano nos enseña cómo amar al prójimo hasta dar la vida. Aquí también hay primero una pregunta (como la del inquieto joven rico, pero aquí es la de un malintencionado doctor de la ley): «¿Maestro, qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?». La pregunta es exactamente la misma (*Mc* 10, 17). También la respuesta es la misma: sé pobre y ama de veras a tu hermano, aprende a compartir tus bienes y a dar tu tiempo a quien lo necesite; abre tus ojos sobre la miseria que te rodea y asume sobre tus espaldas el sufrimiento de los otros; olvídate de ti mismo y piensa en los demás; haz de tu vida un don generosamente ofrecido y entregado. *Haz esto y vivirás. Haz esto y serás feliz. Haz esto y serás eternamente joven.*

5. «Doy mi vida, para recobrarla de nuevo» (*Jn* 10, 17). Es todo el misterio pascual de Jesús: muerte y resurrección, cruz y esperanza, donación y vida nueva en el Espíritu. Jesús ha venido para darnos vida, para comunicarnos la vida que nunca acaba, para librarnos del absurdo del pecado y de la muerte. Cuando Jesús dice «por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo», nos está indicando dos cosas: que así está cumpliendo la voluntad del Padre («esa es la orden que he recibido de mi Padre», *Jn* 10, 18) y que su disponibilidad para la muerte es condición esencial para que nosotros vivamos en él la vida nueva en el Espíritu («si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios», *Col* 3, 1). Para un joven o una joven de hoy esta es la suprema responsabilidad y la más sólida esperanza: vivir en Cristo por la gracia, la palabra y el sacramento, anunciar a Cristo por el testimonio y la palabra, comunicar la vida en Cristo por la donación cotidiana de lo nuevo y la generosidad fecunda del servicio: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo».

Con esta aspiración profunda a vivir la vida nueva en el Espíritu («el que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios», *Jn* 3, 5) y a dar cotidianamente «su vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13), podemos ir peregrinando hacia Denver adonde el Santo Padre nos ha convocado para la VIII Jornada mundial de la juventud. Acojamos con amor y alegría las palabras del Papa y meditémoslas personalmente o en grupo. Son palabras que el Santo Padre dirige no solo a los jóvenes sino a la entera comunidad cristiana. Peregrinemos juntos hacia Denver. Que la Virgen de la fidelidad y de la Pascua, nos acompañe para vivir de veras y entregar, también nosotros, la vida «en abundancia».

Roma, 15 de agosto de 1992.

Constitución Apostólica de su Santidad el Papa Juan Pablo II

«FIDEI DEPOSTIUM»

Con ocasión de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica redactado después del Concilio Vaticano II

JUAN PABLO II, OBISPO,
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS
PARA PERPETUA MEMORIA
a los venerables Hermanos
Cardenales, Arzobispos, Obispos,
Presbíteros, Diáconos,
y a todos los miembros del Pueblo de Dios

1. Introducción

Guardar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo. El Concilio Ecuménico Vaticano II, inaugurado solemnemente hace treinta años por nuestro predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, tenía como intención y finalidad poner de manifiesto la misión apostólica y pastoral de la Iglesia, a fin de que el resplandor de la verdad evangélica llevara a todos los hombres a buscar y aceptar el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (cf. *Ef* 3, 19).

A ese Concilio el Papa Juan XXIII había asignado como tarea principal custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina católica, para hacerlo más accesible a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad. Por consiguiente, el Concilio no tenía como misión primaria condenar los errores de la época, sino que debía ante todo esforzarse serenamente por mostrar la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe. «Iluminada por la luz de este Concilio —decía el Papa—, la Iglesia crecerá con riquezas espirituales y, sacando de él nueva energía y nuevas fuerzas, mirará intrépida al futuro… A nosotros nos corresponde dedicarnos con empeño, y sin temor, a la obra que exige nuestra época, prosiguiendo así el camino que la iglesia ha recorrido desde hace casi veinte siglos»[1].

1 JUAN XXIII, Discurso de apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, 11 de octubre de 1962: *AAS* 54 (1962), pp. 788-791.

Con la ayuda de Dios, los padres conciliares, en cuatro años de trabajo, pudieron elaborar y ofrecer a toda la Iglesia un notable conjunto de exposiciones doctrinales y directrices pastorales. Pastores y fieles encuentran en él orientaciones para llevar a cabo aquella «renovación de pensamientos y actividades, de costumbres y virtudes morales, de gozo y esperanza, que era un deseo ardiente del Concilio»[2].

Después de su conclusión, el Concilio no ha cesado de inspirar la vida de la Iglesia. En 1985 quise señalar: «Para mí, que tuve la gracia especial de participar y colaborar activamente en su desenvolvimiento, el Vaticano II ha sido siempre, y lo es de modo particular en estos años de mi Pontificado, el punto de referencia constante de toda mi acción pastoral, con el compromiso responsable de traducir sus directrices en aplicación concreta y fiel, a nivel de cada Iglesia y de toda la Iglesia. Hay que acudir incesantemente a esta fuente»[3].

Con esa intención, el 25 de enero de 1985 convoqué una Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, con ocasión del Vigésimo Aniversario de la Clausura del Concilio. Objetivo de esa asamblea era dar gracias y celebrar los frutos espirituales del Concilio Vaticano II, profundizar su enseñanza para lograr una mayor adhesión a la misma y difundir su conocimiento y aplicación.

En esas circunstancias, los Padres sinodales afirmaron: «Son numerosos los que han expresado el deseo de que se elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto en materia de fe como de moral, para que sirva casi como punto de referencia para los catecismos o compendios que se preparan en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica, y ha de ofrecer una doctrina sana y adaptada a la vida actual de los cristianos»[4]. Después de la clausura del Sínodo, hice mío ese deseo, al considerar que respondía «realmente a las necesidades de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares»[5].

---

2 PABLO VI, Discurso de clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II, 8 de diciembre de 1965: *AAS* 58 (1966), pp. 7-8.

3 JUAN PABLO II, Homilía del 25 de enero de 1985, cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de febrero de 1985, p. 12.

4 Relación final del Sínodo extraordinario, 7 de diciembre de 1985, II, B, a, n. 4; *Enchiridion Vaticanum*, vol. 9, p. 1758, n. 1797.

5 JUAN PABLO II, Discurso en la sesión de clausura de la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, 7 de diciembre de 1985; *AAS* 78 (1986), p. 435; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de diciembre de 1985, p. 11.

Por ello, damos gracias de todo corazón al Señor este día en que podemos ofrecer a toda la Iglesia, con el título de *Catecismo de la Iglesia Católica*, este «texto de referencia» para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe.

Tras la renovación de la Liturgia y la nueva codificación del Derecho Canónico de la Iglesia latina y de los cánones contribuirá en gran medida a la obra de renovación de toda la vida eclesial, que quiso y comenzó el Concilio Vaticano II.

2. Itinerario y espíritu de la redacción del texto

El *Catecismo de la Iglesia Católica* es fruto de una amplísima cooperación: ha sido elaborado en seis años de intenso trabajo, llevado a cabo con gran apertura de espíritu y con celo ardiente.

El año 1986 confié a una Comisión de doce Cardenales y Obispos, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, el encargo de preparar un proyecto del catecismo solicitado por los padres del Sínodo. Un Comité de siete Obispos diocesanos, expertos en teología y catequesis, colaboró con la Comisión en ese trabajo.

La Comisión, encargada de dar las directrices y vigilar el desarrollo de los trabajos, siguió atentamente todas las etapas de la elaboración de las nueve redacciones sucesivas del texto.

El Comité de redacción, por su parte, asumió la responsabilidad de escribir el texto, aportar las modificaciones solicitadas por la Comisión y examinar las observaciones de numerosos teólogos, de exegetas, de expertos en catequesis, de institutos y, sobre todo, de los Obispos del mundo entero, con el fin de mejorar el texto. El Comité fue una fuente de fructuosos intercambios de opiniones y de enriquecimiento de ideas para asegurar la unidad y homogeneidad del texto.

El proyecto fue sometido a una vasta consulta de todos los Obispos católicos, de sus Conferencias episcopales o de sus Sínodos, así como de los institutos de teología y catequética.

En su conjunto, ha tenido una aceptación muy favorable por parte del Episcopado. Se puede afirmar que este Catecismo es el fruto de una colaboración de todo el

Episcopado de la Iglesia Católica, que acogió con generosidad mi invitación a asumir su parte de responsabilidad en esta iniciativa que atañe de cerca a la vida eclesial. Esa respuesta suscita en mí un sentimiento profundo de alegría, pues la coincidencia de tantos votos manifiesta de verdad una cierta «sinfonía» de la fe. La elaboración de este Catecismo muestra, además, la naturaleza colegial del Episcopado: atestigua la catolicidad de la Iglesia.

3. Distribución de la materia

Un catecismo debe presentar con fidelidad y de modo orgánico la doctrina de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y santas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios. Asimismo, debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún.

Así pues, el Catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo (cf. *Mt* 13, 52), dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas.

Para responder a esa doble exigencia, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, por una parte, toma la estructura «antigua», tradicional, ya utilizada por el catecismo de San Pío V, distribuyendo el contenido en cuatro partes: *Credo; Sagrada Liturgia*, con los sacramentos en primer lugar; *el obrar cristiano*, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la *oración cristiana*. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo «nuevo», para responder a los interrogantes de nuestra época.

Las cuatro partes están relacionadas entre sí: el misterio cristiano es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); inspira nuestra oración, cuya expresión principal es el «Padre nuestro», y constituye el objeto de nuestra súplica, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es en sí mismo oración; la confesión de la fe encuentra su lugar propio en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, del mismo modo que la participación en la liturgia

de la Iglesia exige la fe. Si la fe carece de obras, es fe muerta (cf. *St* 2, 14-26) y no puede producir frutos de vida eterna.

Leyendo el *Catecismo de la Iglesia Católica*, podemos apreciar la admirable unidad del misterio de Dios y de su voluntad salvífica, así como el puesto central que ocupa Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, de manera especial en los sacramentos. El es la verdadera fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración.

4. Valor doctrinal del texto

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, que aprobé el día 25 del pasado mes de junio y que hoy dispongo publicar en virtud de mi autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada escritura, la tradición apostólica y el magisterio de la Iglesia. Yo lo considero un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe. Ojalá sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino.

La aprobación y la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia Católica, a todas las Iglesias particulares que están en paz y comunión con la Sede Apostólica de Roma: es decir, el servicio de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf. *Lc* 22, 32), así como fortalecer los lazos de unidad en la misma fe apostólica.

Pido, por consiguiente, a los pastores de la Iglesia, y a los fieles, que acojan este Catecismo con espíritu de comunión y lo usen asiduamente en el cumplimiento de su misión de anunciar la fe y de invitar a la vida evangélica. Este Catecismo se les entrega para que les sirva como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y sobre todo para la elaboración de los catecismos locales. Se ofrece también, a todos los fieles que quieran conocer más a fondo las riquezas inagotables de la salvación (cf. *Jn* 8, 32). Quiere proporcionar una ayuda a los trabajos ecuménicos animados por el santo deseo de promover la unidad de

todos los cristianos, mostrando con esmero el contenido y la coherencia admirable de la fe católica. El *Catecismo de la Iglesia Católica* se ofrece, por último, a todo hombre que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. *1 P* 3, 15) y que desee conocer lo que cree la Iglesia Católica.

Este Catecismo no está destinado a sustituir los catecismos locales aprobados por las autoridades eclesiásticas, los Obispos diocesanos o las Conferencias episcopales, sobre todo si han recibido la aprobación de la Sede Apostólica. Está destinado a favorecer y ayudar la redacción de los nuevos catecismos de cada nación, teniendo en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero conservando con esmero la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica.

5. Conclusión

Al concluir este documento, que presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica*, pido a la Santísima Virgen María, Madre del Verbo encarnado y Madre de la Iglesia, que sostenga con su poderosa intercesión el trabajo catequístico de toda la Iglesia en todos sus niveles, en este tiempo en que está llamada a realizar un nuevo esfuerzo de evangelización. Ojalá que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre (cf. *Jn* 8, 32), es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo, aquí en la tierra y en el reino de los cielos, en la plenitud de la felicidad de la contemplación de Dios cara a cara (cf. *1 Co* 13, 12; *2 Co* 5, 6-8).

Dado en Roma, el día 11 de octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, décimo cuarto año de pontificado.

Joannes Paulus PP.II

Autorizada la publicación de las conclusiones de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

Carta del Santo Padre a los obispos diocesanos de América Latina

El Papa Juan Pablo II ha autorizado la publicación del documento conclusivo de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo del 12 al 28 del pasado mes de octubre, mediante una carta dirigida a los obispos diocesanos de América Latina, que publicamos a continuación. En ella, Su Santidad afirma que el documento de Santo Domingo podrá orientar la acción pastoral de las Iglesias particulares del continente, con vistas a un compromiso renovado de nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana.

El Santo Padre advierte que dichas «Conclusiones» deberán ser analizadas a la luz del Magisterio de la Iglesia universal y deberán ser puestas en práctica con fidelidad a la disciplina canónica vigente. El documento final de la IV Conferencia, en su texto oficial y auténtico, está siendo enviado estos días por el CELAM a las Conferencias Episcopales de América Latina. Las «Conclusiones», que llevan por título «Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cultura Cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre», tienen tres partes: I. Jesucristo, evangelio del Padre. II. Jesucristo, evangelizador viviente en su Iglesia. III. Jesucristo, vida y esperanza de América Latina.

A los obispos diocesanos de América Latina

Con motivo del V Centenario de la evangelización de América, yo había convocado a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, con el fin de estudiar, a la luz de Cristo «el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8), los grandes temas de la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana.

La divina Providencia me dio el consuelo de poder inaugurar personalmente dicha Asamblea en Santo Domingo, el 12 de octubre pasado. El 28 del mismo mes terminaron los trabajos de la Conferencia y los presidentes de la misma me hicieron llegar las Conclusiones, que habían elaborado los obispos presentes.

Con sumo agrado he podido comprobar la profunda solicitud pastoral con la que mis hermanos en el episcopado han examinado los temas que les había propuesto, para contribuir al desarrollo de la vida de la Iglesia en América Latina, mirando al presente y al futuro.

Los textos conclusivos de dicha Conferencia, cuya difusión he autorizado, podrán orientar ahora la acción pastoral de cada obispo diocesano de América Latina. Cada pastor diocesano, junto con los presbíteros, «sus cooperadores» *(Lumen gentium,* 28), y con los demás miembros de la Iglesia particular que le ha sido confiada, hará el necesario discernimiento, para ver lo que sea más útil y urgente en la situación particular de su diócesis.

Un amplio consenso de los obispos de las Iglesias particulares existentes en un mismo país podrá también conducir a fórmulas o planes pastorales comunes, siempre respetuosos de la identidad de cada diócesis y de la autoridad pastoral que corresponde al obispo, que es el centro visible de unidad y, al mismo tiempo, su vínculo jerárquico con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal (cf. *Lumen gentium,* 23).

Como es evidente, las Conclusiones de la Conferencia de Santo Domingo deberán ser analizadas a la luz del Magisterio de la Iglesia universal y deberán ser actuadas en fidelidad a la disciplina canónica vigente.

Por mi parte, confío en que la solicitud pastoral de los obispos de América Latina lleve a todas las Iglesias particulares del continente, a un renovado compromiso para la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana.

Que Jesucristo, nuestro Señor, evangelizador y salvador, sea hoy, como ayer y como siempre, el centro de la vida de la Iglesia.

Que la Virgen Santísima, la cual estuvo siempre al lado de su divino Hijo, acompañe a los pastores y fieles en su peregrinación hacia el Señor.

Vaticano, 10 de noviembre de 1992, memoria de San León Magno, Papa y doctor de la Iglesia.

Joannes Paulus p. II

LAS INVESTIGACIONES CIENTIFICAS MUESTRAN LA VALIDEZ DE LA REGULACION NATURAL DE LA FERTILIDAD

Discurso a la reunión de expertos sobre los métodos naturales de regulación de la fertilidad, viernes 11 de diciembre

En la sede del Consejo Pontificio para la Familia se celebró del 9 al 11 de diciembre una reunión de expertos sobre «la regulación natural de la fertilidad: la auténtica alternativa». Ha sido el primer encuentro de este tipo convocado por este dicasterio y ha constituido un momento importante en el desarrollo de los métodos naturales. La Iglesia ha hecho un esfuerzo para profundizar válidas alternativas científicas y éticas al anticoncepcionismo y a otras amenazas contra la vida, como el aborto y la esterilización. Entre los cincuenta participantes invitados de todos los continentes estuvieron presentes los grandes pioneros de los diversos métodos naturales: Josef Roetzer, John y Lyn Billings, Thomas Hilgers, y también los líderes de los diversos movimientos internacionales que promueven esos métodos. Participaron también expertos del programa especial sobre la reproducción humana de la Organización Mundial de la Salud y de la Universidad de Georgentown, que realizan investigaciones sobre los métodos naturales. Famosos moralistas, teólogos y filósofos prestaron su contribución al diálogo de los científicos y líderes. Finalidad de este encuentro fue un intercambio de informaciones científicas, teológicas, filosóficas y antropológicas al más alto nivel, colaborando para resolver problemas comunes y difundir más un estilo de vida —ya que no se trata solo de técnicas—, en el ámbito de la procreación responsable. Ciertamente, la experiencia de fe y la visión cristiana del matrimonio y de la familia contribuye mucho a reforzar la motivación con que se aceptan, se aplican y se difunden esos métodos.

El Consejo Pontificio para la Familia preparó un documento especial

con las informaciones objetivas, que luego se presentaron durante el diálogo entre los expertos. Este documento se publicará más adelante para promover los métodos naturales, para dar una información más actualizada a las Conferencias Episcopales, a los obispos, a las universidades e institutos, y a los diversos movimientos para la vida y la familia. El día 11 de diciembre, el Santo Padre recibió a los participantes en la reunión. Al comienzo de la audiencia el Cardenal Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia, dirigió al Obispo de Roma unas palabras. Su Santidad, por su parte, pronunció en inglés el discurso que ofrecemos a continuación traducido al español.

Eminencia; excelencia; hermanos y hermanas en Cristo:

1. Me alegra daros la bienvenida a vosotros, expertos procedentes de diversas partes del mundo, reunidos aquí por invitación del Consejo Pontificio para la Familia para estudiar los últimos resultados del desarrollo de la cuestión de los métodos naturales para la regulación de la natalidad. Juntos poseéis unos conocimientos muy notables en los campos de la investigación, la enseñanza y la promoción de la fertilidad basada en la procreación responsable y en la continencia periódica.

El tema de vuestro encuentro, «La regulación natural de la fertilidad: la auténtica alternativa», no solo significa que proponéis una alternativa al anticoncepcionismo, al aborto y a la esterilización, sino también que promovéis una auténtica «humanización» del maravilloso don divino de la procreación. Vuestra propuesta va íntimamente ligada a una antropología eminentemente integral, cuyos fundamentos filosóficos y teológicos estáis examinando atentamente. Vuestros debates están orientados a armonizar el rigor del trabajo científico con las exigencias éticas del amor conyugal. La uténtica alternativa de la que se habla en vuestra conferencia está profundamente arraigada en la verdad acerca de la persona humana y, por este motivo, es objeto de especial interés y atención por parte de la Iglesia.

Influjo de las circunstancias

2. En el ejercicio de su misión de transmitir la vida, a los esposos les afectan en gran medida las circunstancias sociales y económicas. A veces, incluso cuando están claramente abiertas a la vida, las parejas se ven obligadas a espaciar los

nacimientos, no por motivos egoístas, sino precisamente por un sentido de responsabilidad objetivo. Situaciones de pobreza, o problemas serios de salud, pueden hacer que la pareja no esté preparada para recibir el don de la vida nueva. El hecho de que en algunos casos las mujeres se vean obligadas a trabajar fuera de la casa cambia la concepción del papel de la mujer en la sociedad, y en el tiempo y en la atención que dedica a la vida familiar. En especial, algunas políticas familiares establecidas por los legisladores no facilitan los deberes procreativos y educativos de los padres. La Iglesia, por tanto, reconoce que pueden existir razones objetivas para limitar o espaciar los nacimientos, pero reafirma, de acuerdo con la Humanae vitae, que las parejas deben tener «serios motivos» para que sea lícito renunciar al uso del matrimonio durante los períodos fecundos y hacer uso de él durante los períodos agenésicos para manifestarse el afecto y salvaguardar la mutua fidelidad (cf. n. 16).

3. La Iglesia, que tiene el deber de enseñar el plan de Dios para la transmisión de la vida, no deja de asistir a las parejas cuando deben decidir qué medios utilizar para cumplir sus obligaciones y responsabilidades. La atención pastoral de la Iglesia trata de sostener a las parejas y ayudarlas, proponiéndoles soluciones correctas, a fin de que puedan comportarse de acuerdo con la dignidad del matrimonio y del amor conyugal.

Colaboración interconfesional

Es importante dar a conocer el hecho de que los métodos que la Iglesia considera morales y aceptables están recibiendo en la actualidad el apoyo de nuevas confirmaciones científicas. En los últimso años se han llevado a cabo numerosas investigaciones científicas, con resultados notables para un conocimiento más preciso de los ritmos de la fertilidad femenina. Vuestra Conferencia se propone demostrar de modo concreto y eficaz que, como enseña la Iglesia, «no puede hacer verdadera contradicción entre las leyes divinas y aquellas que favorecen un auténtico amor conyugal» (ib. 24). Me complace saber que, como resultado de estos días de estudio, tenéis pensado poner a disposición de las Conferencias Episcopales, de las universidades y de otras instituciones interesadas, informaciones actualizadas.

A este respecto, deseo animar a los pastores de la Iglesia y a otros católicos, médicos, consejeros matrimoniales, educadores, e incluso a los mismos esposos, a promover «un compromiso más amplio, decisivo y sistemático en hacer conocer, estimar y

aplicar los métodos naturales de regulación de la fertilidad» (Familiaris consortio, 35). También en este sector es posible llevar a cabo una amplia colaboración interconfesional con todos los que están interesados en el respeto a la vida y a la naturaleza humana. Esa colaboración puede extenderse también a los que, a pesar de no compartir la fe y la visión de los cristianos, sostienen los valores humanos que incluye la propuesta de la Iglesia.

4. Como he señalado, el interés de vuestra Conferencia va más allá de los aspectos científicos de los métodos naturales para la regulación de la fertilidad, pues incluye también el estilo de vida que constituye su complemento necesario. La experiencia muestra que existe una íntima conexión entre la práctica de la regulación natural de la fertilidad y un estilo de vida basado en el respeto mutuo de los cónyuges y en el respeto de las exigencias éticas de la sexualidad humana. Como escribí en la exhortación apostólica Familiaris consortio: «La reflexión teológica puede captar y está llamada a profundizar la diferencia antropológica y al mismo tiempo moral, que existe entre el anticoncepcionismo y el recurso a los ritmos temporales. Se trata de una diferencia bastante más amplia y profunda de lo que habitualmente se cree, y que implica, en resumidas cuentas, dos concepciones de la persona y de la sexualidad humana, irreconciliables ente sí» (n. 32).

Plena dimensión humana de la sexualidad

El anticoncepcionismo artificial refleja, a menudo, un planteamiento utilitarista de la sexualidad humana, que lleva fácilmente a separar sus aspectos físicos del contexto pleno del amor conyugal como compromiso, fidelidad recíproca, responsabilidad y apertura al misterio de la vida. Por otra parte, el estilo de vida que deriva del ejercicio de la continencia periódica lleva a los cónyuges a profundizar su conocimiento recíproco y a alcanzar una armonía del cuerpo, de la mente y del espíritu que los fortalece y los alienta en su ruta común a través de la vida. Ese estilo se caracteriza por un diálogo constante y enriquecido por la ternura y el afecto que constituyen el núcleo de la sexualidad humana.

«De este modo —como pone de relieve la exhortación apostólica —Familiaris consortio— la sexualidad es respetada y promovida en su dimensión verdadera y plenamente humana, no "usada" en cambio como un "objeto" que, rompiendo la unidad personal de alma y cuerpo, contradice la misma creación de Dios en la trama más profunda entre naturaleza y persona» (ib.).

Gracias a la contribución generosa de científicos, educadores y parejas de esposos, se puede hablar de un viraje en la defensa y en la promoción de la dignidad de la vida conyugal. Existe cada vez mayor conciencia de la verdadera naturaleza del amor conyugal, que puede aportar una auténtica liberación de tantos abusos de poder contra las mujeres y la familia en los países industrializados y, en mayor medida aún, en los países en vías de desarrollo. Los resultados de las investigaciones científicas, la experiencia adquirida en programas de enseñanza en diócesis de diferentes partes del mundo, en asociaciones y movimientos, y de manera especial el testimonio de las mismas parejas, muestran la validez, las ventajas y el valor ético de métodos basados en la continencia periódica. Dichos métodos, junto con el correspondiente estilo de vida, libran a las parejas de los condicionamientos culturales, económicos y políticos impuestos por programas de planificación familiar. Y libran a la persona, sobre todo a las mujeres, del recurso a medicamentos u otras formas de interferencia en los procesos naturales vinculados con la transmisión de la vida. Se ha demostrado que no solo son accesibles a grupos reducidos, sino también a cualquier pareja del mundo, incluidos los países más pobres o menos desarrollados económicamente.

Una tarea importante

5. Deseo aseguraros la importancia de vuestra contribución específica al bien del matrimonio y de la familia, y alentaros en vuestro trabajo. Vuestra Conferencia ofrece una respuesta concreta a un llamamiento que dirigí en la exhortación apostólica Familiaris consortio: «ante el problema de una honesta regulación de la natalidad, la comunidad eclesial, en el tiempo presente, debe preocuparse por suscitar convicciones y ofrecer ayudas concretas a quienes desean vivir la paternidad y la maternidad de modo verdaderamente responsable» (n. 35).

Os doy las gracias por haber aceptado la invitación del Consejo Pontificio para la Familia para participar en este encuentro. Sobre vuestro trabajo científico y educativo, intensificado por vuestro compromiso, invoco la bendición del Señor. Que El esté con vosotros y con vuestras familias.

LA ESTERILIZACION DIRECTA ES UNA OFENSA GRAVE A LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

Discurso del Papa al Congreso Italiano de Ginecología y Obstetricia, 5 de diciembre

La Sociedad Italiana de Ginecología y Obstetricia celebró en Roma su Congreso Nacional Extraordinario, para conmemorar el Centenario de la creación de dicha Asociación. La mañana del sábado 5 de diciembre, en la sala Clementina del Palacio Apostólico Vaticano, Juan Pablo II recibió en audiencia a los doscientos participantes, procedentes de diversos países del mundo: Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Bulgaria, Croacia, Checoslovaquia, Dinamarca, Eslovenia, España, Estados Unidos de América, Grecia, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Islandia, Luxemburgo, Polonia y Suiza. Al principio del encuentro, el Presidente de la Sociedad Italiana de Ginecología y Obstetricia, profesor Danesino, dirigió al Santo Padre un saludo y recordó la audiencia que les concedió el Papa Pío XII en mayo de 1956, con ocasión del Segundo Congreso Mundial de la Fertilidad y Esterilidad. «Cada año mueren en el mundo quinientas mil mujeres a causa de problemas relacionados con el embarazo —Explicó el prof. Danesino—. El 96% de estas muertes ocurren en los países en vías de desarrollo». Así mismo señaló los casos de mortalidad de recién nacidos: siete millones trescientos mil cada año, de los cuales siete millones mueren en países subdesarrollados. Juan Pablo II respondió con el siguiente discurso:

Ilustres señores:

1. Me alegra acogeros en audiencia especial y os agradezco que hayáis venido, con exquisita cortesía, a visitarme durante vuestro Congreso Nacional Extra-

ordinario, que tiene lugar en Roma para celebrar el Centenario de la formación de vuestra Asociación.

Os saludo cordialmente a cada uno y, en particular, a vuestro Presidente, el profesor Vittorio Danesino, al que agradezco las amables palabras que acaba de pronunciar. A través de vosotros quisiera hacer llegar mi gratitud a todos los miembros de vuestra Asociación.

Estáis llevando a cabo, como claramente lo demuestra también este Congreso, un trabajo incansable de investigación en el campo de la ginecología y la obstetricia, y tratáis constantemente de iluminar, mediante la elaboración de la cultura de vuestra especialidad, una correcta práctica asistencial en este campo tan delicado de la medicina.

Al servicio de la vida

2. Al servicio de la vida que nace: ésta es vuestra misión diaria. Con gran complacencia he comprobado que los temas de la prevención, que el Congreso desea someter a un estudio más profundo, interesan mucho a vuestra Sociedad de Ginecología y Obstetricia. De acuerdo con el correcto interés de la medicina moderna, el estudio de esos problemas, con el objetivo de lograr las mejores condiciones de desarrollo en favor del nuevo ser humano, contribuye ciertamente a promover la defensa auténtica de la vida humana en su fase inicial. En este contexto es de alabar, por tanto, la atención que dirigís a la fisiopatología de la reproducción y a la perinatología, pues con ella confirmáis vuestra gran estima hacia la madre, así como vuestro respeto profundo hacia la vida que nace.

Igualmente interesante es vuestra investigación en el campo de la oncología ginecológica. Los estudios realizados hasta la fecha ponen de manifiesto la creciente amenaza del cáncer para la mujer y, cuando se manifiesta en el curso del embarazo, también el grave peligro para el niño que va a nacer. Contra ese mal tan temible están surgiendo hoy, al parecer, métodos eficaces de diagnóstico precoz, y por ese camino queréis avanzar. Os deseo de corazón que vuestra investigación obtenga resultados alentadores, también gracias a los trabajos de este vuestro Congreso Nacional, que resulta aún más interesante por la colaboración de más de veinte relatores, algunos de ellos procedentes de Europa Oriental.

Un principio irrenunciable

Ilustres señores, es grande el interés que rodea a vuestro estudio, del que se esperan con confianza soluciones nuevas y eficaces. Os sostenga la certeza de trabajar para el bien y el auténtico progreso del hombre y de la sociedad. Al tiempo que os expreso a cada uno de vosotros mi más vivo aprecio y aliento, no puedo menos de recordar cuan valioso es también el servicio diario que realizáis en las clínicas y en los hospitales junto a los enfermos y en favor de la promoción de la vida humana.

3. Conocéis muy bien el respeto que la Iglesia siente hacia la vida y cómo promueve su defensa y protección, sobre todo cuando es débil y cuando sufre. Se trata de un principio irrenunciable, que se apoya en una razón sencilla y, al mismo tiempo, sublime: la vida, desde la concepción hasta su término natural, es siempre don espléndido de Dios. Desde el momento de la concepción y en todas sus etapas sucesivas, la vida humana es sagrada. Su transmisión está encomendada a un acto de amor de los esposos, llamados a ser colaboradores de Dios libres y responsables en esta misión de suma importancia para el destino de la humanidad.

Al defender la dignidad de la vida, de toda vida que surge, la Iglesia obedece el mandato supremo de Dios. Por esto, condena como ofensa grave a la dignidad humana las prácticas de la esterilización directa, tanto perpetua como temporal, en el hombre al igual que en la mujer. Por esa razón, no admite la interrupción directa del proceso generativo ya comenzado y, sobre todo, rechaza las diversas prácticas abortivas directamente queridas y procuradas, sea cual fuere su motivación. Por el mismo motivo rechaza toda puesta en marcha del proceso generativo que se coloque fuera del contexto plenamente humano de aquel encuentro de amor que, en el don recíproco total, hace de los dos cónyuges una sola carne.

Doctrina firme y constante

4. Ilustres señores, esta doctrina de la Iglesia, firme y constante, no admite replanteamientos ni incertidumbres. Partiendo de la visión integral del hombre y de su vocación, tanto natural y terrena como sobrenatural y eterna, el Magisterio eclesial funda su doctrina «sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador» (Familiaris consortio, 32).

Eso es lo que Dios mismo ha establecido al crear al hombre y a la mujer a su imagen. Siendo Amor, él vive en sí mismo un misterio de comunión personal y, cuando creó al hombre a su imagen, inscribió «en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión» (ib., 11). Así pues, todo lo que constituya una violación de esa comunión personal va contra el proyecto divino y, consiguientemente, quebranta la norma moral.

Ningún hombre, ninguna autoridad, ninguna ciencia, ninguna técnica pueden interferir legítimamente en este designio divino para desfigurarlo.

Camino de civilización

5. Ilustres señores, en este tiempo nuestro, abierto a perspectivas exaltantes, pero sobre el que se ciernen también amenazas sombrías, es de suma importancia reafirmar con vigor el valor intocable de la vida, don del Creador y fundamento de la dignidad humana.

En cien años, vuestra Sociedad Italiana de Ginecología y Obstetricia, defendiendo la dignidad de la mujer y de su maternidad, así como la dignidad de la vida naciente, ha acumulado ciertamente muchos méritos ante los hombres y también ante Dios, dador de todo bien.

Os invito a proseguir por este camino de civilización y de amor, proporcionando nuevas esperanzas a las mujeres afectadas por enfermedades para las que no existen hoy remedios eficaces y consuelo seguro a las madres que esperan poder abrazar al fruto de su amor.

A María, Madre de Dios que se hizo hombre y apoyo de nuestra esperanza, le encomiendo vuestra Asociación y sus proyectos, mientras de corazón invoco sobre cada uno de vosotros y sobre vuestros seres queridos la bendición de Dios, que ilumina y otorga riqueza espiritual.

EL CONCILIO VATICANO II HA CONSTITUIDO UNA GRAN OBRA DE MAGISTERIO Y DE PROGRAMACION DE LA MISION APOSTOLICA Y PASTORAL DE LA IGLESIA

Discurso del Santo Padre a los miembros de la Curia romana, con ocasión de las felicitaciones navideñas, 22 de diciembre

Como es tradicional, los cardenales, la Curia y la Prelatura romana, junto con la Familia pontificia, el Vicariato de Roma y el «Governatorato» de la Ciudad del Vaticano acudieron al Vaticano para felicitar al Papa con motivo de la Navidad. El encuentro tuvo lugar la mañana del 22 de diciembre de 1992 en la sala Clementina. Al comienzo de la audiencia, el Cardenal Agnelo Rossi, Decano del Colegio Cardenalicio, dirigió al Santo Padre unas palabras. Su Santidad pronunció el siguiente discruso:

1. El pasado 11 de octubre se cumplieron *treinta años de la inauguración del Concilio Vaticano II*. El 11 de octubre del año 1962 se celebraba la memoria litúrgica de la *Maternidad divina de María*, una circunstancia muy significativa por sí misma. La cercanía inmediata de la Navidad, solemnidad en la que nos recogeremos una vez más en la contemplación del *nacimiento virginal del Hijo de Dios* del seno de la humilde jovencita de Nazaret, nos lleva a la atmósfera gozosa de aquel día en que los obispos, llegados de todo el mundo, iniciaron, *bajo la mirada materna de María Santísima*, el grandioso acontecimiento eclesial. En esta circunstancia, en que tengo el gozo de reunirme con los venerados miembros del Colegio cardenalicio, de la Curia y de la Prelatura romana para la hermosa costumbre del intercambio de felicitaciones navideñas, me viene de forma espontánea el deseo de elegir precisamente el XXX aniversario del Concilio como tema de nuestra reflexión prenavideña.

Doy gracias, ante todo, al querido y venerado Cardenal Decano por los nobles sentimientos que, en nombre de todos, ha expresado y por las felicitaciones que me

ha presentado. Se las devuelvo con vivo afecto, implorando al Salvador abundantes dones de gracia para usted, señor Cardenal, para los demás purpurados y obispos, y para todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que con generosidad y constancia trabajan al servicio de la Santa Sede.

Entre los presentes se encuentran muchos que participaron en el Concilio, contribuyendo, bajo la guía del Espíritu Santo, a aquella gran obra de magisterio y, a la vez, de programación de la misión apostólica y pastoral de la Iglesia. Otros, en cambio, que pertenecen ya de alguna manera a la generación posconciliar, han «entrado en el trabajo» de sus predecesores para realizar, día tras día, año tras año, lo que el *Espíritu Santo* —que nunca deja de hablar a la Iglesia (cf. *Ap* 2, 29)— nos ha dicho *mediante el Concilio de nuestro siglo.*

A él, al Paráclito, al Espíritu del Padre y del Hijo, al Espíritu de Jesucristo, dirigimos la expresión de nuestra gratitud constante por su intervención, que en el Concilio se manifestó de manera tan intensa y eficaz.

Los grandes protagonistas

2. Elevamos, al mismo tiempo, nuestro pensamiento agradecido a todos los que, de manera directa, actuando en la caridad y en la humildad, se convirtieron en *cooperadores del Espíritu de verdad y colaboradores suyos en la obra del Vaticano II*. Me refiero, ante todo, al período preparatorio del Concilio. En sentido amplio, se podría decir que toda la vida, la experiencia y la enseñanza de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio de Trento y luego a través del Concilio Vaticano II, prepararon el Vaticano II. Un Concilio se realiza siempre en un momento histórico determinado, pero brota también del subsuelo de la historia de la Iglesia, «desde sus inicios».

Con respecto a su preparación inmediata, es preciso recordar la *gran contribución que presentó el Papa Pío XII.* Los documentos conciliares muestran lo mucho que cada uno de ellos debe a toda la tradición de la iglesia y, de modo especial, a la enseñanza de ese Papa.

¿Cómo no *agradecer también a la divina Providencia el don de un Papa como Juan XXIII?* Nos sentimos agradecidos por la gran intuición que lo llevó a descubrir la «hora» del Concilio, el *kairós* divino que encerraba en sí la urgencia interior de su convocación. Juan XXIII actuó como aquel padre de familia que *saca de sus arcas*

lo nuevo y lo viejo (cf. *Mt* 13, 52) para mostrar la «novedad» del Evangelio, precisamente en lo que tiene de eterno e inmutable. «Es necesario —decía en el discurso de apertura del Concilio— que esta doctrina cierta e inmutable... sea profundizada y presentada de modo que responda a las exigencias de nuestro tiempo, pues una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades contenidas en nuestra doctrina, y otra la forma con que son enunciadas, conservando sin embargo el mismo sentido y el mismo alcance» (*AAS* 45, 1962, p. 792).

Damos gracias a Cristo Señor, también, por el Papa Pablo VI, que llevó a término la empresa del Concilio, comenzando luego su aplicación en circunstancias a menudo dramáticas, pero actuando siempre con calma, moderación y equilibrio. Con el «Credo del pueblo de Dios», Pablo VI se remontaba a los comienzos apostólicos, pero al mismo tiempo *abría la Iglesia al «diálogo de salvación»*, indicando y explicando los caminos que debería recorrer en el mundo contemporáneo. Ese fue el contenido de «Ecclesiam suam», su primera encíclica, en la que el inolvidable Pontífice definía, en la perspectiva del Concilio, los campos del diálogo salvífico, describiéndolos como grandes círculos concéntricos.

¡A cuántas personas, tanto entre los protagonistas como entre los colaboradores de la gran obra conciliar, *sería preciso traer ahora a la memoria!* En esa obra todo el Episcopado de la Iglesia universal, todos los obispos del mundo, ejercitaron su ministerio específico frente a todas las Iglesias del *oikumene* terrestre. Y están, luego, los teólogos, los expertos, los oyentes, los colaboradores internos, los agentes de los medios de comunicación social al servicio de la asamblea conciliar... Una aportación muy valiosa para el Concilio fue la de los *representantes de las otras Iglesias y comunidades cristianas*, cuya presencia contribuyó a hacer que el Vaticano II trazase valientemente las líneas maestras de un renovado ecumenismo para la búsqueda de la unidad entre los cristianos divididos: «para que todos sean uno» (*Jn* 17, 21).

3. Al recordar con viva gratitud a todas esas personas y sus múltiples actividades, no podemos menos de *dar gracias al Espíritu Santo que*, de acuerdo con la promesa del Señor, *está con nosotros hasta el fin del mundo* para enseñárnoslo todo y recordarnos en el momento oportuno todo lo que Jesús dijo (cf. *Jn* 14, 26).

Nuestra reflexión sobre el pasado se hace aún más significativa si contemplamos el Concilio *a través de la experiencia del período posconciliar*. La Iglesia, aun siendo

la misma de ayer en todos los rincones de la tierra, vive y realiza en Cristo su «hoy», que comenzó con el Vaticano II. Este «hoy» ha encontrado su expresión también en los documentos posconciliares de carácter universal. Pienso en el *Código de derecho canónico* de la Iglesia latina y en el *Código de los cánones de las Iglesias orientales*, cuya futura redacción había sido anunciada por el Papa Juan XXIII al mismo tiempo que el Concilio. Una valoración semejante es preciso hacer hoy —y tal vez con mayor razón aún— con respecto al *Catecismo de la Iglesia Católica*, entragado solemnemente a la comunidad de los creyentes hace pocos días, después de varios años de intenso trabajo por parte de la comisión creada para su elaboración, y que presidía el señor Cardenal Joseph Ratzinger, apasionado investigador de la Verdad de que vive la Iglesia.

Documentos posconciliares

No se puede menos de añadir que esos documentos, y en especial el Catecismo, han surgido como *fruto de las proposiciones de los Episcopados*, manifestadas sobre todo mediante los Sínodos. Se trata de un dato muy significativo, que aclara mucho con respecto a aquello de lo que vive la gran comunidad del pueblo de Dios en todo el mundo, y con respecto *a aquello de lo que tiene necesidad* para vivir.

Hay, asimismo, un detalle que es preciso no olvidar: la asamblea conciliar fue seguida con gran interés por los medios de comunicación, que realizaron sin lugar a dudas una valiosa tarea de información ante la opinión pública, pero cayeron también no pocas veces en una interpretación bastante parcial de los trabajos, presentando el Concilio como lugar de enfrentamiento de tendencias conservadoras y progresistas. En verdad sería muy injusto, al referirse a toda la obra del Concilio, querer reducir ese acontecimiento histórico a un simple enfrentamiento y a una lucha entre grupos rivales. La verdad interna del Concilio es muy diversa: es la verdad que brota de la parábola evangélica del señor de la casa que *saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo* (cf. *Mt* 13, 52). Y lo que cuenta, por encima de todo, es que el hombre sabe que se encuentra ante un gran tesoro, que Dios mismo le ha confiado. El, el hombre, sabe que no es el propietario, sino solo el administrador y el servidor de ese tesoro. El tesoro le ha sido encomendado.

Antropología teológica

4. El Concilio Vaticano II pasará a la historia, *sobre todo, como un concilio eclesiológico*. La Iglesia fue y sigue siendo su tema central: la Iglesia, realidad

humana e histórica, pero al mismo tiempo institución divina y misterio de fe. Por esta razón, todos los intentos de reducir la realidad eclesial, por ejemplo, a dimensiones puramente sociológicas, resultan inadecuadas e incluso deformantes, pues no toman en cuenta el misterio que significa el *constitutivum* más profundo y esencial de la Iglesia, como realidad divino-humana.

Por eso, el *Concilio, que es eclesial* en su núcleo, *es también profundamente trinitario:* «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (San Cipriano, *De Orat. Dom.*, 23; citado en *Lumen gentium*, 4). La cima y el núcleo más profundo de la «teo-logía» —la verdad sobre Dios, comunión de Personas en la absoluta unidad de la divinidad— constituye, al mismo tiempo, la fuente de la que brota la eclesiología. La Iglesia nació y sigue naciendo siempre del seno del Padre eterno, que tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único (cf. *Jn* 3, 16) y, mediante la obra de su Hijo, es decir, mediante su sacrificio redentor, envió al mundo también al Espíritu Santo. Nos hallamos aquí en el *centro mismo de la «economía trinitaria»*. La Iglesia —en la dimensión constitutiva del misterio— es realidad profundamente cristológica y pneumatológica. Esta verdad sobre la Iglesia se manifiesta de modo evidente ya desde las primeras páginas de la *Lumen gentium*, y se encuentra después presente en todo el magisterio conciliar.

Aquí se hallan también las *raíces de la antropología teológica del Vaticano II*, pues en Cristo se revela plenamente el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22). «Se revela»: aunque la verdad sobre el hombre parezca estar completamente accesible al conocimiento humano, tanto al pre-científico como a las diversas ramas de la ciencia del hombre, la plenitud de ese conocimiento nace solo sobre la base «de la imagen y de la semejanza con Dios». Cristo, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*ib.*).

En esta vocación se halla la respuesta, teológicamente correcta, a la pregunta: «¿Qué es el hombre?». El Concilio se coloca en la línea de toda la tradición, cuando enseña que el hombre, siendo la «*única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo*, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (*ib.*, 24). En esa afirmación alcanzamos la profundidad del misterio trinitario: la «*entrega sincera de sí mismo* a los demás» se nos hace posible a partir de la *communio* divina de las Personas en la unidad de la vida trinitaria. El Concilio habla incluso de «una cierta semejanza entre la unión de las personas

divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad» (*ib.*).
Esta antropología conciliar ilumina el sentido profundo del hombre, en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios. Al mismo tiempo, nos permite comprender *la verdadera identidad del «mundo»*, ayudándonos a descubrirlo como mundo de los hombres, de toda la familia humana «con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado *por el amor del Creador*, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero *liberado por Cristo*, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación» (*ib.*, 2).

Ese texto nos presenta la que podríamos llamar *cosmología teológica del Concilio*, íntimamente penetrada por la verdad soteriológica. La creación y la redención del mundo se enmarcan en la unidad del plan divino. La Iglesia, cuya misión está enraizada en el misterio de la creación y de la redención, es constitucionalmente universal, porque todo lo que existe proviene de Dios creador, y todo hombre ha sido abrazado por el amor salvífico de Dios en Cristo redentor. *Esa es la razón por la que la Iglesia se encuentra siempre in statu missionis.*

La comunicación de bienes

5. Este día, en que nos hallamos aquí reunidos, *en vísperas de la gran solemnidad de la Navidad*, para el intercambio de felicitaciones, pedimos al Señor que estas grandes luces del Vaticano II se transformen para cada uno en manantial de gozo particular y de intensa inspiración. Jesús, Hijo del Padre, que entra al mundo en la noche de Belén, es el testigo más fiel —testigo «ocular»— del misterio trinitario de Dios. El, Hijo de la Virgen de Nazaret, viene a ofrecernos a todos —a los hombres y a todas las criaturas— la seguridad de que Dios ha amado al mundo y la medida de ese amor se manifiesta en el hecho de que «le dio a su Hijo único» (cf. *Jn* 3, 16) y por medio del Espíritu Santo se lo da continuamente.

Dios que, según las palabras pronunciadas por San Pablo en el areópago, es Aquel en quien «vivimos, nos movemos y existimos» (*Hch* 17, 28), se ha revelado en Cristo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El no solo *abraza el universo*, conservándolo en la existencia con el poder de su Providencia creativa; al mismo tiempo lo *penetra con el misterio de la comunión divina, es decir, con su amor salvífico.* El Concilio ha mostrado cómo esta Comunión más alta se halla inscrita dentro del misterio mismo

de la Iglesia y de su misión, convirtiéndose en la fuente y el modelo de su vida y de su variado dinamismo. Bajo la inspiración de esa Comunión divina resulta posible la *«comunicación de bienes», gracias a la cual el cuerpo místico de Cristo es uno en la multiplicidad de las Iglesias* esparcidas por toda la faz de la tierra. Es uno también en la esperanza ecuménica de la unidad de los cristianos, que Cristo pidió sin cesar al Padre. Es uno en su referencia a la familia humana, cada vez más numerosa.

En esta perspectiva la actividad misionera se convierte en el espacio privilegiado, en que la comunicación de bienes entre la misión salvífica y la vida y la cultura de los diversos pueblos se realiza en una riqueza cada vez mayor (cf. *Redemptoris missio). La Iglesia es una en el encuentro continuo con las múltiples realidades que constituyen el «mundo del hombre»:* con todas sus «victorias y derrotas», con el progreso y el subdesarrollo, con sus conquistas civiles, económicas y políticas, con su ansiosa búsqueda de la paz y con la continua amenaza de la guerra. Todas las fuerzas centrífugas, las fuerzas del desprecio, del odio y de la destrucción se encuentran —gracias a la Iglesia— con aquel amor salvífico que se manifestó plenamente en el misterio de la cruz en el Gólgota, pero cuyo inicio tuvo lugar en Belén, en la noche del nacimiento del Redentor. *«Natus est nobis hodie Salvator mundi».*

Servir al Amor con la fuerza de la verdad

6. Nos acercamos al misterio de ese Nacimiento con profunda humildad y gratitud por poder servir al Amor que —aparentemente derrotado por el odio— vence con su poder; inicialmente superado por el padre de la mentira, triunfa únicamente con la fuerza de la verdad traída al mundo por el Verbo encarnado.

Al que vino en la noche de Belén para servir, le damos gracias por el don de poder servir. Le damos gracias juntamente con todos los que en la Iglesia ejercen los diversos ministerios. Le damos gracias junto con todo el sacerdocio ministerial de la Iglesia. Le damos gracias en unión con el peculiar ministerio de testimonio del Reino, que es característico de los religiosos y las personas consagradas. Le damos gracias juntamente con los esposos, que contemplan a la Sagrada Familia en la noche de Belén, y luego durante su huída a Egipto, y más tarde en Nazaret, *volviendo a descubrir* en todos estos acontecimientos el *significado divino de su amor humano* al servicio de la vida y de la educación de sus hijos. Le damos gracias junto con los

que sufren, con los ancianos, con las personas solas y abandonadas. Le damos gracias también con las generaciones jóvenes, que en Cristo aprenden esta verdad fundamental: *servir significa reinar.*
Le damos gracias todos nosotros, aquí reunidos, y le da gracias aquel que, si tiene derecho a un nombre, es el de siervo de los siervos de Dios: sí, sencillamente, un siervo. Hoy es una *ocasión particular para daros las gracias a vosotros,* venerados y queridos hermanos, por vuestra valiosa participación en aquel *ministerium petrinum,* que el Señor estableció para el servicio de la «comunión» multiforme, mediante la cual se manifiesta en la realidad humana el misterio inefable de Dios.

Damos gracias a Dios este año también por la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Le damos gracias por el trabajo de los Sínodos: de Africa, de Europa, del Líbano y de Armenia; y por el trabajo ya iniciado del próximo Sínodo sobre la vida religiosa. Una vez más le damos gracias por los frutos de todos los Sínodos de los obispos del posconcilio, recordando en especial las recientes exhortaciones postsinodales *Christifideles laici y Pastores dabo vobis.* Encomendamos al Señor las tareas —las nuevas tareas actuales y las futuras— de todas las Iglesias y comunidades cristianas, orando «para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, *para que el mundo crea que tú me has enviado»* (*Jn* 17, 21).

Si los cristianos se unen entre sí, podrán cumplir mejor el deber siempre actual, pero hoy más urgente que nunca, de la *caridad hacia los que padecen necesidad.* El domingo pasado, en la perspectiva de la Navidad, realicé una visita al comedor de la Cáritas diocesana, que se encuentra en Colle Oppio. Me encontré allí con un gran número de inmigrantes, refugiados y nómadas: personas a quienes falta todo y que a menudo ni siquiera pueden reclamar sus derechos fundamentales. A cuanto ya está haciendo la diócesis de Roma para ayudarles en sus necesidades, *se ha de añadir también el compromiso de la Santa Sede* que, respondiendo a su misión universal de servicio, siente el deber de preocuparse ante todo por los que, en esta ciudad, se encuentran en situación tan precaria. Esa conciencia se hace aún más profunda en el clima de Navidad, que nos lleva al misterio del Hijo de Dios, venido a la tierra para compartir hasta el fondo la situación de los hombres, sobre todo la de los pobres, los pobres de todos los tiempos y, por tanto, también la de los pobres de nuestro tiempo, de esta última parte del siglo veinte. Ante el pesebre descubrimos que el llamamiento al amor y a la participación se convierte para cada uno en invitación apremiante a realizar la «civilización del amor».

Ante el pesebre ese llamamiento se hace oración. Precisamente allí viene al mundo la oración más poderosa, el grito más fuerte elevado hasta el Padre. Por el momento, esa oración es solo el débil vagido de un niño recién nacido, pero en él ya se expresa «el Primogénito de todas las criaturas». El viene «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (*Jn* 11, 52). Y viene para que todos «tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

«Christus natus est nobis, venite adoremus».

DOCUMENTOS
DE LA CONFERENCIA
EPISCOPAL ECUATORIANA

Mensaje de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana en favor de la Iglesia de Sudán (Africa)

Quito, 27 de noviembre de 1992

Los Obispos del Ecuador, reunidos en Asamblea Plenaria del 26 al 28 de noviembre, recibimos una carta del Santo Padre Juan Pablo II, en la cual se nos pide dar a conocer a los católicos del Ecuador la situación dramática por la que atraviesan nuestros hermanos en la fe, en Sudán.

Para ello, Juan Pablo II nos pide oraciones y también un gesto concreto de ayuda fraterna.

El Sudán es una nación muy grande de Africa. En el norte la mayoría de los habitantes son musulmanes; en cambio en el sur son cristianos, o grupos abiertos al anuncio del Evangelio.

Las autoridades del norte se han propuesto islamizar por la fuerza a la población del sur, desatando una verdadera persecución contra la Iglesia Católica. Han expulsado a los misioneros; han quemado iglesias; han destruido muchos pueblos obligando a centenares de millares de personas a refugiarse en los países vecinos. Muchos cristianos, sobre todo catequistas, han pagado con su sangre su fidelidad a Jesucristo y a la Iglesia. Muchos sacerdotes sudaneses y muchísimos cristianos comprometidos han sido detenidos, y hasta torturados. Los hospitales, los dispensarios, las escuelas y otras obras de la Iglesia han sido cerradas.

A todas estas desgracias ahora se ha sumado también la sequía, agravando aún más la situación. Muchos hermanos nuestros, sobre todo niños, se están muriendo de hambre.

El Santo Padre se preocupa y sufre por tantas situaciones de miseria, guerra, injusticia y opresión, que se dan en varios países del mundo. Sin embargo, el caso del Sudán es casi desconocido por la opinión pública mundial. Por ello el Santo Padre ha considerado que era su deber recordar esta realidad dolorosa al episcopado mundial.

Como cristianos y católicos no podemos quedarnos callados e indiferentes ante la tragedia de todo un pueblo. Por fidelidad al Evangelio levantamos nuestra voz de denuncia y protesta contra los gobiernos que oprimen a sus pueblos, quitando el precioso Don de Dios que es la libertad, sobre todo la libertad religiosa.

Nosotros, los Obispos del Ecuador, acogemos el apremiante llamado del Santo Padre y lo transmitimos a todos los católicos de nuestro país, para que ofrezcan a Dios sus oraciones y también su óbolo generoso en favor de nuestros hermanos sufridos y perseguidos del Sudán.

Con esta finalidad pedimos que el domingo 20 de diciembre (o uno de los próximos domingos) se celebre en todas las parroquias eclesiásticas y comunidades cristianas una jornada de oración, y que se haga una colecta en favor de nuestros hermanos del Sudán que sufren hambre, opresión y persecución.

Concluimos este llamado haciendo nuestras las palabras del Santo Padre: "¡Es necesario que todos los sudaneses recuperen la esperanza! ¡Ayudémosles! ¡Ayudémosles a caminar por la misma ruta, para que un día que deseamos próximo, puedan construir una patria donde cada uno se sienta en su casa, respetado en sus convicciones y aspiraciones legítimas.

LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

† Antonio González Zumárraga,
ARZOBISPO DE QUITO
Presidente de la Conferencia
Episcopal Ecuatoriana

† Vicente Cisneros Durán
OBISPO DE AMBATO
Secretario General de la Conferencia
Episcopal Ecuatoriana

Mensaje de Inauguración
II Congreso Nacional de Catequesis

Mons. Xavier Lozano, Presidente del Departamento de Catequesis del CELAM, Señores Obispos, estimados congresistas, catequistas y agentes de pastoral:

1. Introducción

Como Arzobispo de Quito, doy a Uds., participantes en el II Congreso Nacional de Catequesis del Ecuador la más cordial bienvenida a Quito, en donde les deseo una agradable permanencia. Saludo afectuosamente al Obispo Presidente y al Secretario Ejecutivo del Departamento de Catequesis del CELAM y a los otros expertos en Catequesis que han tenido a bien acudir a darnos su valiosa colaboración en este Congreso.

Como Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, tengo el grato encargo de inaugurar el II Congreso Nacional de Catequesis. Hace año y medio, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana acogió la propuesta de celebrar este Congreso, los días 2, 3 y 4 de septiembre de 1992, con ocasión de los 500 años del inicio de la evangelización de América. El tema escogido es el siguiente: LA COMUNIDAD, FUENTE, LUGAR Y META DE LA CATEQUESIS.

Tomando en cuenta la preparación realizada para el Congreso, que me consta ha sido muy esmerada y provechosa, deseo ofrecerles algunas reflexiones, para animarles a participar activamente en estas jornadas. Y, en primer lugar, deseo evocar los sentimientos que suscita la conmemoración del V Centenario de la Primera Evangelización, en cuyo contexto se celebra el Congreso.

Todo evento histórico es complejo. También en la Primera Evangelización de América Latina se mezclaron luces y sombras; más luces que sombras como hace poco declaró el Papa Juan Pablo II. De todos modos, nuestra primera actitud ante el don de la fe es la de acción de gracias a Dios Padre, por su Hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo. Con el apóstol San Pablo podemos prorrumpir en este himno de acción de gracias: "Bendito sea Dios, Padre de N. Señor Jesucristo, que nos ha

bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. El nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. El nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya" (*Ef.* 1, 3-6).

Con esta misma actitud de acción de gracias nos disponemos a celebrar el II Congreso Nacional de Catequesis del Ecuador: queremos dar gracias al Señor por el largo y fecundo recorrido de esta actividad pastoral en los siglos pasados, pero sobre todo en los años posteriores al Concilio Vaticano II, en los que se ha producido también entre nosotros una importante renovación pastoral. A la vez miramos el fruto con ojos de esperanza, pues contamos con la fuerza de Dios y con el potencial humano de nuestro pueblo.

2. La Catequesis desde y hacia la comunidad

Jesús encomienda su propia misión a sus discípulos, especialmente a los apóstoles. Toda la Iglesia y, por tanto, sus miembros son enviados por El a evangelizar: "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación" (*Mc.* 16, 15). Al cumplir con el encargo del Señor, la Iglesia lleva adelante la obra de la salvación. Dios quiere que todos los hombres se salven, pero no aislada e individualmente, sino en comunidad. Con el bautismo entramos a formar parte de la gran comunidad, que es la Iglesia universal, presidida por el Papa, sucesor de Pedro. La Iglesia universal está presente y actúa en múltiples Iglesias particulares, presididas por los Obispos. Su misión primera y esencial es la evangelización.

Para llevar adelante la misión confiada por el Señor, los miembros de la comunidad cristiana deben vivir al estilo de Jesús, anunciando el Evangelio con la palabra y con el ejemplo de vida. Esto implica, entre otras cosas, optar por los pobres, como él lo hizo: "El Espíritu del Señor está sobre mí , porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres" (*lc* 4, 18). Supone trabajar por la justicia: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura (*Mt.* 6, 33).

Supone transformar la sociedad, para hacer un mundo más humano, más justo y más

fraterno; trabajar para que formemos "la civilización del amor y la solidaridad", como ha manifestado en repetidas ocasiones el Papa Juan Pablo II.

Al decir que "la comunidad es fuente de la catequesis", partimos de Dios mismo, que es comunidad o comunión de personas. El es la fuente primera de la catequesis, la cual consiste en el anuncio de Dios-comunidad y de su proyecto de amor para con los hombres. "Fundamentalmente la comunidad catequizadora anuncia en su acción de Buena Noticia de que Dios es comunidad trinitaria de amor y nos invita a vivir como El. Esto lo realiza en un contexto histórico determinado". (Documento de Quito 12: véase en CELAM, "Evangelización y Catequesis", Bogotá, febrero 1991, pág. 417-418).

El Dios Trinitario en el que creemos es un Dios comunitario. Esta comunidad está formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Estas personas, que viven en una comunidad perfecta de conocimiento y amor mutuos, no se conforman con comunicarse y amarse entre ellas; también aman todo lo que han creado y, de una forma especial, aman al hombre.

Como manifestación de ese amor, Dios quiere que los hombres vivan en comunidad, según el modelo de la comunidad divina, porque Dios nos ha creado a su imagen y semejanza. En el proyecto de Dios Creador está la comunidad humana, expresión de su amor. La primera participación de la Comunidad Divina es la pareja humana: "Dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... Y creo Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Varón y hembra los creó" (*Gn* 1, 26-27),. "Por eso el hombre abandona a su padre y a su madre, para unirse a una mujer y formar con ella una sola carne" (*Gn* 2, 24). El amor infinito de Dios se refleja en el diálogo fecundo del hombre y la mujer, cuyo fruto principal son los hijos. El padre, la madre y el hijo constituyen la comunidad familiar, que tiene una gran analogía, por su mutua referencia, con la comunidad amorosa de Dios.

La Iglesia es la gran comunidad de los creyentes que tienen a Cristo por cabeza (*Ef* 5, 23). Es en la Iglesia en donde se manifiesta, de modo especial, el amor trinitario de Dios a los hombres.

La catequesis presenta y transmite a los catequizandos el amor de Dios, comunidad de personas, llevándoles a dar testimonio de dicho amor y a ser miembros activos

de la comunidad. Esta tarea está encomendada por Jesucristo a la comunidad. No se entiende al cristiano sin comunidad eclesial, ni evangelización y catequesis que no se den desde la comunidad. Desde esta se da testimonio del amor de Dios y se invita a acogerlo.

La Iglesia-comunidad es guardiana y portadora de la revelación; de ahí que ella misma necesita evangelizarse permanentemente. Por eso la comunidad es el **lugar de la catequesis.** "Sin la comunidad, como "lugar privilegiado de evangelización", la Palabra de Dios no puede demostrar toda su eficacia: queda privada de una fuente de relevante importancia. La comunidad es la que revela la fecundidad de la fe y lo que ésta es capaz de obrar en quien la acepta" (Líneas comunes de orientación para la catequesis en América Latina, 41) La comunidad que avanza, que es auténtica, se puede decir que es el mejor texto de catequesis.

La comunidad es el lugar de la catequesis, porque en ella se encuentra Jesucristo y se da a conocer a través de su Palabra y de la oración; en ella se celebra la fe y ella da ejemplo de compromiso en la construcción del Reino con la vivencia efectiva del amor fraterno.

El objetivo último de la evangelización y, por tanto, de la catequesis es la comunión con Dios y con todos los hombres y mujeres, considerados como hermanos. Por ello decimos que **la comunidad es meta de la catequesis.** La vida comunitaria, en seguimiento de Jesús, es anticipo de la comunión plena con el Padre y con los hermanos. La vida comunitaria está llamada a extenderse y profundizarse. Por ello, la vida comunitaria experimentada en la pequeña comunidad cristiana debe expandirse hasta abarcar la parroquia, la diócesis y la Iglesia universal. Por su parte, la Iglesia tiene que ser signo de la comunión de todos los hombres dentro de la sociedad.

Los tiempos actuales requieren una catequesis en la que los catequizandos se comprometan a participar en las comunidades eclesiales de base, en la comunidad educativa, en la comunidad parroquial y desde estas experiencias de comunidad sean fermento en la sociedad y en la Iglesia. Es importante subrayar que los cristianos deben aportar esta dimensión de comunidad fraterna en todos los espacios de la vida social, en el barrio, en los ambientes del trabajo, en los ambientes estudiantiles y, en particular, en las organizaciones populares, para que éstas no se muevan solo en la búsqueda de eficacia, sino que sean espacio de hermandad y solidaridad abierta a los

más necesitados.

Toda catequesis, de una manera u otra, según las personas y circunstancias, lleva a una integración en la vida comunitaria de los discípulos de Jesús. La experiencia del pequeño grupo fraterno y servicial convocado por la Palabra de Dios introduce a los creyentes a la participación consciente en la comunidad universal de los cristianos. (Cf. Líneas comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina, 15).

3. Catequesis para la nueva evangelización

Para que la catequesis responda a las exigencias de los tiempos actuales y penetre en el catequizando, debe tener presente la realidad socio-económica, política, cultural y religiosa en que vive el hombre. En este contexto toma cuerpo la Nueva Evangelización. Sus características específicas fueron anotadas por el Papa Juan Pablo II, quien nos ha convocado para esta Nueva Evangelización:

> "La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena, si es un compromiso vuestro como Obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de una Evangelización Nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión" (Alocución en Puerto Príncipe, Haití, 9 de marzo de 1983).

El nuevo ardor en quienes evangelizan, consiste en el deseo y la alegría de comunicar a otros la fe. Consiste en definitiva en la santidad de los evangelizadores y en el celo apostólico y en el entusiasmo para anunciar a Jesucristo, que brotan de la santidad. Esto exige presentar a Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre, muerto y resucitado, que vive actualmente, que se encarna en el pueblo y está presente en los pobres y necesitados (*Lc* 4, 18-21). Esto exige también conversión y testimonio de vida.

Evangelización nueva en sus métodos significa descubrir las aspiraciones actuales, los problemas y necesidades de los pueblos y saber comunicarse con ellos. De aquí procede el método "ver, juzgar y actuar" y evaluar lo actuado; de aquí procede el método de evangelización en grupos, en los que todos participan activamente en forma consciente y responsable según sus cualidades.

Evangelización nueva en su expresión significa reconocer e interpretar los signos de los tiempos, para que la evangelización se adecue a la propia cultura y anuncie el mensaje en lenguaje inteligible, llevando al conocimiento y a la celebración de la fe con signos y expresiones apropiados.

En una descripción sintética, podemos decir que *la Nueva Evangelización es la proclamación actualizada del Evangelio de Jesucristo, a partir de sus raíces más profundas, teniendo en cuenta las luces y sombras de la evangelización y los desafíos históricos actuales.*

Vivimos en un mundo, un continente y un país pluricultural. La catequesis, para que llegue al hombre y haga que la luz de la fe alcance a las realidades que le angustian, debe encarnar el Evangelio en las distintas culturas a las que se dirige, porque el anuncio del Reino es para todos los hombres y todos los pueblos.

Cuando la catequesis asume los valores de una cultura, ayuda a purificarla y a desarrollarla. Las culturas son regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva, se enriquecen ellas y hacen que se enriquezca la Iglesia al asumir los distintos valores que las culturas tienen. Nos dice el Papa en su encíclica "Redemptoris missio":

"En la inculturación... la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana, como la evangelización, el culto, la teología, la caridad; conoce y expresa aún mejor el misterio de Cristo, a la vez que es alentada a una continua renovación" (RM 52).

El problema de la evangelización de la cultura debe verse desde la "cultura de los pobres" (*Mt* 11, 25). Estos nos plantean una cultura de la vida, de la solidaridad, de la alegría, de la modestia en el uso de los recursos. Toda cultura debe ser evangelizada desde la interpelación del pobre y teniendo siempre delante la práctica liberadora de Jesús.

En la catequesis se profundiza el conocimiento de Jesucristo. El nos trajo la liberación: "Cristo Jesús, verdadero hombre, entregó su vida para ganar la libertad de todos" (1 *Tim* 2, 5-6). Cristo nos libera del pecado, "tus pecados te quedan perdonados" (*Mt* 9, 2), ya que el pecado es la raíz principal de todos los males; por el pecado se rompen las relaciones con Dios y con los hermanos; el pecado hace al hombre egoísta y le lleva a ser injusto y a no preocuparse de los demás.

La liberación que nos trae Cristo es una liberación de todas las ataduras y esclavitudes que nos impiden ponernos al servicio de Dios y del prójimo. Supone luchar por un cambio integral de todo el hombre y de todos los hombres: en esto consiste la **conversión personal**, exigida por el Evangelio, la cual implica arrepentimiento y cambio radical de conducta; viene a ser como un nuevo nacimiento (cf. *Jn* 3, 4; *Mt* 18, 3; *Hch* 26, 18). La conversión compromete también al cristiano a buscar el cambio de las estructuras opresoras e injustas.

La fe no puede ocultarse; hay que manifestarla y se hace presente en toda nuestra vida. La fe comparte y se celebra en comunidad. Celebrar la fe es hacer presente el misterio en el que creemos. La celebración de la fe es una obligación de todos los cristianos y hombres de fe, porque en esa celebración se actualiza la acción salvadora de Dios, se agradece a Dios por ella y a la vez se pide que la mantenga, la aumente y la fortalezca.

La catequesis, de acuerdo a la tradición más genuina de la Iglesia, es *memoria* de la Historia de la Salvación; consiste en el anuncio de las intervenciones de Dios en la historia de la humanidad. Tiene como centro el **misterio Pascual** (la muerte y resurrección del Señor). Existe, por tanto, una relación necesaria entre catequesis y celebración de la fe (liturgia). La catequesis como *memoria* se vincula a la liturgia como *memorial* ("recuerdo que actualiza") de la muerte de Cristo en la Eucaristía y de la acción salvadora de Dios en Cristo en todos los sacramentos (cf. PO 5).

El "nuevo ardor" que el Papa nos pide supone una espiritualidad del seguimiento de Jesucristo, que integre fe y vida. La espiritualidad es, ante todo, "vivir según el Espíritu". Es la forma determinada como se vive la fe en relación con Dios y los hermanos. Todos tenemos acceso a la espiritualidad; no es privilegio de personas selectas. La auténtica espiritualidad integra la fe y la vida del hombre. En el seguimiento de Jesucristo desde la opción por los pobres se integran fe y vida.

4. Conclusión

Para concluir estas reflexiones, deseo presentarles el "Puesto de María en la Nueva Evangelización", basándome en el "Aporte del Ecuador para Santo Domingo"[2]. María hace la síntesis vital y fecunda entre espiritualidad y catequesis.

---

2 Documento citado, pág. 139 - 141.

"La presencia de María entre las multitudes creyentes es una constante en todo el Continente y en nuestro país. Nuestro pueblo reconoce a María, la Madre de Jesús, como Madre de todos los creyentes. Ella representa el sentido materno de la fe... Se trata de la Madre cercana que nos escucha y nos sostiene en las crisis y dificultades de la vida. Ella aparece como mediadora y protectora de los pobres, como signo de solidaridad para el pueblo... Por otra parte, la devoción a María cualifica el catolicismo de muchas personas ante las propuestas protestantes y la arremetida de las sectas.

"María es la evangelizadora y pedagoga de los comprometidos, es la mujer libre y liberadora, la Madre y Maestra, que orienta a los creyentes para que respondan desde su fe a los desafíos de los signos de tiempos.

"La devoción a María tiene que distinguirse por una fe como la de María: ella escuchaba la Palabra de Dios, la guardaba en su corazón y la traducía en su vida, acompañando a Jesús desde Belén hasta el Calvario...

"María enseña a conjugar simultáneamente la asistencia misericordiosa y la promoción liberadora. Por todo ello, es reconocida como Madre de la Iglesia".

Que bajo el amparo de María, Madre de Jesús y madre nuestra, celebremos con entusiasmo el II Congreso Nacional de Catequesis, que queda oficialmente inaugurado, y llevemos sus frutos a nuestras respectivas comunidades e iglesias particulares. ¡Gracias!

† Antonio J. González.,
ARZOBISPO DE QUITO,
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

V Congreso Nacional Mariano

Mensaje de SS. el Papa Juan Pablo II

Venerable Señor Cardenal,
queridos Hermanos en el Episcopado,
amadísimos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles:

1. "El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. (*Lc* 1, 49-50).

Con estas palabras de la Virgen, en su canto del "Magnificat", me siento espiritualmente unido a la celebración del V Congreso Nacional Mariano, promovido por esa Conferencia Episcopal, en coincidencia con el primer Centenario de la Consagración del Ecuador al Corazón de María. Con el mismo canto del "Magnificat" toda la Iglesia ecuatoriana da gracias al Señor por el don de la fe y por la presencia maternal de Nuestra Señora en esa tierra.

En esta feliz circunstancia deso hacerme presente, de manera particular, en la persona del Señor Cardenal Eduardo Pironio, mi Enviado Especial a ese Congreso, que tiene lugar en la ciudad de Ibarra, y que quiere marcar un hito en la historia de vuestra fe, como lo fueron los anteriores, celebrados en diversos puntos de la geografía de vuestra patria.

2. El lema de ese Encuentro, **La fe de María y la nueva evangelización**, expresa claramente el objetivo que se ha propuesto la Iglesia ecuatoriana contemplando el misterio de la Virgen. Al celebrar este año, toda la Iglesia, los 500 años de la llegada del mensaje cristiano a América, no se puede ignorar el papel desempeñado en la evangelización del Continente por la figura materna de María; su misión ha sido y sigue siendo la de mostrarnos a Jesús y llevarnos a El. Lo confirma la devoción mariana de todos los pueblos latinoamericanos a través de tantos santuarios, los cuales constituyen una auténtica "geografía" de la fe y de la piedad mariana. Ella, la Madre de Jesús, ha sido verdaderamente la Estrella de la Evangelización, la que precede y acompaña a los pueblos de América en la peregrinación de la fe.

La Virgen María ha sido la gran evangelizadora de los pueblos de América. No se

puede anunciar a Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, sin hablar de la Virgen María, su Madre. No se puede confesar la fe en la Encarnación sin recordar, como hace la Iglesia desde la antigüedad en el símbolo apostólico, que el Hijo de Dios "fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen". No se puede contemplar el misterio de la muerte salvadora de Cristo sin recordar que Jesús mismo, desde la cruz, nos la dio como Madre y nos la encomendó para que la acogiésemos entre los dones más preciosos que El mismo nos legaba. Así, con el Evangelio de Jesús, la Iglesia recibe el anuncio de la presencia materna de María en la vida de los cristianos.

3. La figura de Nuestra Señora a través de los siglos, como en la Iglesia naciente de Pentecostés, ha querido hacerse presente también, desde el principio, en la evangelización de vuestra patria. La Virgen nos ofrece a su divino Hijo y nos invita a crecer en El. Nos lo presenta como Maestro de la verdad y Pan de vida. Las palabras de María en Caná, "Haced lo que El os diga" (*Jn* 2, 5), constituyen también hoy el núcleo de la Nueva Evangelización. En efecto, se trata de hacer vida la fe que profesamos; se trata de cumplir los mandamientos de Dios, que encuentran en el precepto del amor fraterno el culmen de la identidad cristiana. Es necesario, pues, anunciar incansablemente a Jesucristo para que su mensaje de salvación penetre en las conciencias y en la vida de todos, convierta los corazones y renueve las estructuras de la sociedad. María os ofrece a Cristo como fundamento de la paz y convivencia fraterna en la sociedad ecuatoriana; una convivencia que exige la puesta en práctica de una verdadera justicia social, de una equitativa distribución de los bienes, así como la participación responsable de todos en los destinos de la Nación.

4. En la sociedad actual están en juego muchos valores que afectan a la dignidad del hombre. La defensa y promoción de los mismos depende en gran parte de la vida de fe y de la coherencia de los cristianos con las verdades que profesan. Por eso, la devoción mariana de los creyentes exige hoy un claro y valiente testimonio de amor a Cristo, que corrobore la identidad personal y social de los cristianos contra el peligro del secularismo y del consumismo, y que estreche los vínculos de comunión con los Pastores de la única Iglesia contra la disgregación de la fe, fomentada por el proselitismo de las sectas. De esta manera, los discípulos de Cristo serán para todos luz del mundo y sal de la tierra.

5. Queridos hijos ecuatorianos, la celebración de este V Congreso Nacional Mariano, es una ocasión propicia para profundizar, de la mano de María, en el

anuncio del misterio de Cristo, Salvador de los hombres. A ella le encomendamos la Comunidad eclesial ecuatoriana, para que permanezca fiel en la pureza de la fe, firme en la esperanza, generosa en la caridad. A ella le suplicamos que mantenga a la Iglesia siempre unida en torno a sus Pastores, que infunda en todos un renovado dinamismo que haga de cada cristiano un verdadero apóstol.

Al encomendaros a la intercesión maternal de la Madre del Redentor, pido para todos que se afiance vuestra devoción a la Virgen María, y que las manifestaciones más genuinas a través de la liturgia y de la piedad popular, sean fuente de renovación cristiana de todo el Pueblo de Dios en el Ecuador, que peregrina hacia el Padre.

Como muestra de mi gran afecto por todos, os imparto la Bendición Apostólica, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

Vaticano, 30 de noviembre de 1992
fiesta de San Andrés Apóstol

Joannes Paulus PP II

Clausura

Hemos celebrado, en esta ciudad blanca de Ibarra, convertida en esta ocasión en ciudad fervorosamente mariana, el V Congreso Nacional Mariano del Ecuador. Como nos recordó el señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, hemos celebrado este Congreso Mariano en el marco cronológico de tres acontecimientos: el V Centenario del inicio de la Evangelización de América, el I Centenario de la Consagración de nuestra Patria al Inmaculado Corazón de María y la proximidad del tercer milenio del nacimiento de nuestro Redentor. Porque hemos celebrado este Congreso Mariano en el contexto histórico de los quinientos años del inicio de la evangelización de América, oportunamente se ha adoptado para este Encuentro este lema: "La fe de María y la nueva evangelización". Al celebrar, con toda la Iglesia, los 500 años de la llegada del mensaje cristiano a América, hemos querido poner de relieve, en las deliberaciones de este Congreso, el papel desempeñado en la evangelización del Continente y del Ecuador por la figura materna de María. La misión de la Virgen María, como Estrella de la Evangelización, ha sido y sigue siendo la de mostrarnos

a Jesús y llevarnos a El.

En este V Congreso Nacional Mariano, a través de las ponencias, comunicaciones, talleres y encuentros, la Madre de Jesús ha sido contemplada y presentada como la "Estrella de la primera y de la nueva Evangelización", que ha precedido y acompaña a los pueblos de América y a nuestro pueblo ecuatoriano en la peregrinación de la fe.

La primera ponencia de este Congreso, preparada magistralmente por el señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, trató sobre la "Fe de María", aquella fe, con la cual aceptó dócilmente la palabra de Dios y se ofreció con generosidad a la realización del misterio de la Salvación, aceptando ser la Madre del Salvador. Por su fe María adoró como al Hijo de Dios a su Hijo Jesús, en quien veía únicamente a un hombre, conocido por sus coetáneos como el "hijo del carpintero". La fe de María pasó por las pruebas de la humillación del pesebre de Belén y de la muerte ignominiosa del Calvario. La fe de María fue alentada y fortalecida al compartir la inefable alegría de la resurrección del Señor. Luego el Congreso fue contemplando a María en los quinientos años de Evangelización, en la educación de la juventud en la nueva evangelización, la influencia de María en la vida consagrada desde las opciones evangelizadoras, la devoción de María entre los indígenas del Ecuador. Se reflexionó en la actualidad evangelizadora del Mensaje Bíblico Mariológico, en la influencia de María en la Familia. Se recordó expresamente el centenario de la Consagración del Ecuador al Corazón Inmaculado de María.

Al clausurar este V Congreso Nacional Mariano, en nombre de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana que lo ha auspiciado, expreso una sentida acción de gracias a Su Santidad el Papa Juan Pablo II, que se ha dignado hacerse presente en medio de nosotros en la persona del Señor Cardenal Eduardo Pironio, su Enviado Especial a este Congreso. Juan Pablo II se ha hecho presente también por medio de su venerando Mensaje enviado al señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, al Presidente de la Conferencia Episcopal, al Episcopado ecuatoriano, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles del Ecuador. Nuestra gratitud para el señor Cardenal Enviado Especial del Vicario de Cristo, porque con su actitud amable y bondadosa, con sus homilías, alocuciones y discursos saturados de piedad mariana nos ha hecho sensible la presencia espiritual de Su Santidad Juan Pablo II en este feliz acontecimiento mariano.

Saludo respetuosamente al señor Vicepresidente Constitucional de la República y a los señores Ministros, que han tenido a bien participar en el acto conclusivo del Congreso Nacional Mariano, le agradezco cumplidamente por haber aceptado renovar, en nombre de la República, el acto de consagración del Ecuador al Inmaculado Corazón de María. Con este acto ha dado un testimonio público de su fe católica y ha sido el fiel intérprete de la piedad maternal de la Madre del Redentor.

Agradezco y felicito a la Academia Nacional Mariana y, en especial, a su Presidente, Mons. Bernardino Echeverría, al Comité organizador, a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y a su Rector, y a la Diócesis de Ibarra por la eficiente labor de preparación, organización y realización de este Congreso en ambiente de intensa piedad y al mismo tiempo de grandiosa solemnidad. Estoy seguro de que la Sma. Virgen María ha recibido complacida el ferviente homenaje de este Congreso y compensará a sus organizadores con su protección materna y con la eficacia con que guiará a la Iglesia en el Ecuador en la empresa de la nueva evangelización. Ella es la "Estrella de la nueva evangelización".

Como fruto de este V Congreso Nacional Mariano, llevemos a la práctica la exhortación que nos ha dirigido Su Santidad el Papa Juan Pablo II en el valioso mensaje que nos ha enviado en esta ocasión: "La Figura de Nuestra Señora ha querido hacerse presente también, desde el principio, en la evangelización de vuestra patria. La Virgen nos ofrece a su divino Hijo y nos invita a creer en El. Nos lo presenta como Maestro de la verdad y Pan de vida. Las palabras de María en Caná, "Haced lo que El os diga" (*Jn* 2, 5), constituyen también hoy el núcleo de la nueva Evangelización. En efecto, se trata de hacer vida la fe que profesamos; se trata de cumplir los mandamientos de Dios, que encuentran en el precepto del amor fraterno el culmen de la identidad cristiana. Es necesario, pues, anunciar incansablemente a Jesucristo para que su mensaje de salvación penetre en las conciencias y en la vida de todos, convierta los corazones y renueve las estructuras de la sociedad. María os ofrece a Cristo como fundamento de la paz y convivencia fraterna en la sociedad ecuatoriana; una convivencia que exige la puesta en práctica de una verdadera justicia social, de una equitativa distribución de los bienes, así como la participación responsable de todos en los destinos de la Nación". (Mensaje n. 3)

(Ibarra, 12 de diciembre de 1992).

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

Mensaje Final

1. Introducción

Al terminar estos días el V Congreso Nacional Mariano, convocado por la Conferencia Episcopal para celebrar los 500 años de la Evangelización de América, y con la presencia del Sr. Cardenal Eduardo F. Pironio, Legado Pontificio, en el que hemos reflexionado sobre nuestra fe y sobre la importancia que en esa fe tiene la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, dirigimos este Mensaje a todo el pueblo del Ecuador. Lo hacemos con la esperanza de que estas palabras puedan ayudar a vivir mejor nuestra fe, a colaborar en la promoción del Reino de Dios y en la solución de los hondos problemas religiosos, morales y sociales, que afligen a nuestro pueblo y que se han agravado en los últimos tiempos.

2. Relación de María con Cristo y con la Iglesia

Ante todo subrayamos el puesto que la Santísima Virgen tiene dentro de la Historia de la Salvación y de la Iglesia. Nos es grato recordar las palabras pronunciadas por S.S. Pablo IV al declarar a María como Madre de la Iglesia; "El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave de la exacta comprensión del Misterio de Cristo y de María".

El mismo Concilio Vaticano II se propuso examinar el puesto que María ocupa en el Misterio de Cristo y de la Iglesia; "La misión maternal de María hacia los hombres, de ninguna manera obscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no deriva de una necesidad objetiva, sino que nace del divino beneplácito, fluye de la superabundancia de los méritos de Cristo, y se apoya en su mediación; de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y, lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo" (Lumen Gentium, 60).

El Papa Juan Pablo II ha dedicado la Encíclica **Redemptoris Mater** a esclarecer el puesto de María en la Historia de la Salvación. Nos ha recordado, también, que el Misterio de María no se puede explicar, sino acudiendo al Misterio de Cristo. María

está unida íntimamente a Cristo, del que es la Madre; y está unida a la Iglesia a la que protege, guía e ilumina con su amor maternal.

Recordar todo esto, lo creemos muy necesario. Algunos, por no conocer bien la enseñanza católica, creen que hablar de María es disminuir el puesto preeminente que le corresponde a Cristo. Pero no es así: María realza el puesto fundamental y único de Cristo, Salvador de los hombres.

3. María, mujer de fe

El Congreso ha estudiado el papel de la Santísima Virgen en la fe. María fue mujer de fe: ¡"Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (*Lc* 1, 45). Su fe se mantuvo siempre firme, tanto en los momentos de alegría como en los momentos de contradicción y de dolor.

Sabemos que la fe de nuestro pueblo ecuatoriano ha tenido momentos de exaltación y unidad. Al mismo tiempo tenemos que señalar los problemas y peligros que hoy afectan la misma vivencia de nuestra fe; pues nuestra sociedad, tradicionalmente cristiana, está profundamente penetrada de elementos disociadores que resquebrajan y dividen la unidad eclesial, familiar, social y civil. El Papa llama nuestra atención particularmente hacia "la disgregación de la fe fomentada por las sectas" (Mensaje al V Congreso).

Otro peligro es quedarnos en lo exterior del culto sin entrar en las exigencias que la fe nos plantea para una auténtica vida cristiana: vida que exige la indispensable fusión de la justicia y de la caridad.

Otras amenazas para nuestra fe son las nuevas idolatrías que nos presenta el mundo actual: el deseo insaciable de poseer, que acentúa las divisiones sociales; el consumismo y el ansia de placeres que degradan y deshumanizan: droga, alcoholismo, sexualidad descontrolada y hedonismo, que llega a legalizar una mentalidad de divorcio, aborto, eutanasia, uniones libres y falta de moralidad en la vida privada y pública, y, no menos, el mal uso de los medios de comunicación.

Nos preocupa el nivel de empobrecimiento en que se halla sumido nuestro pueblo, con marcada tendencia a intensificarse y ampliarse. Tal problemática está pro-

duciendo ya situaciones angustiosas y enfrentamientos que, a la larga, desembocarán en fuerte prueba para la vivencia de nuestra fe.

4. María principio y causa de unidad

Queremos recordar que María es causa de unidad y no de división. María es Madre y tiene el gran deseo de reunirnos a todos como hermanos en la única Iglesia de Cristo, Familia de Dios. Como fiel discípula de Cristo sintió y vivió la exigencia expresada por el Señor en su oración sacerdotal: "Que todos sean uno" (*Jn* 17, 21). Ella misma invita a los hermanos separados a integrar el único rebaño que preside el único Pastor, según el deseo de Cristo (*Jn* 21, 15-17; 10, 16).

Con mucha razón el Papa ha dicho en su mensaje a nuestro Congreso: "María os ofrece a Cristo como fundamento de la paz y convivencia fraterna en la sociedad ecuatoriana; una convivencia que exige la puesta en práctica de una verdadera justicia social, de una equitativa distribución de los bienes, así como la participación responsable de todos en los destinos de la nación".

5. María, estrella de la nueva evangelización

Con la nueva Evangelización, a la que el Papa nos convoca, intenta la Iglesia enfrentar los desafíos que nos plantea el mundo moderno. María debe ser, en esta Nueva Evangelización, la Estrella que orienta e ilumina. Como nos dice el Papa, "La Virgen María ha sido la gran Evangelizadora de los pueblos de América..." y no solo de ellos, sino de todos los pueblos desde Pentecostés.

Para esta empresa "la Virgen nos ofrece a su divino Hijo y nos invita a creer en El. Nos lo presenta como Maestro de la Verdad y Pan de Vida. Las palabras de María en Caná: 'Haced lo que él os diga' (*Jn* 2, 5), constituyen también hoy el núcleo de la Nueva Evangelización. En efecto, se trata de hacer vida la fe que profesamos; se trata de cumplir los mandamientos de Dios, que encuentran en el precepto del amor fraterno el culmen de la identidad cristiana. Es necesario, pues, anunciar incansablemente a Jesucristo para que su mensaje de salvación penetre en las conciencias y en la vida de todos, convierta los corazones y renueve las estructuras de la sociedad" (Mensaje del Papa al V Congreso).

Sentimos la urgencia de proporcionar una mejor formación a los agentes de pastoral y a todo el pueblo de Dios, llamado a incorporarse en la misión evangelizadora de la Iglesia.

6. Conclusión

Terminamos este mensaje final del V Congreso Nacional Mariano, invitando a todos a contemplar y profundizar con todo discernimiento, a la luz de la Biblia y del Magisterio, el Misterio de María; exhortando también a un renovado amor, imitación y seguimiento a la Madre de Dios y Madre nuestra, Madre de América y Madre del Ecuador.

Hacemos de modo especial un llamamiento a la juventud para que ponga todas sus energías, entusiasmo y empuje al servicio de Dios y de los más nobles ideales cristianos con los ojos siempre puestos en María.

Este 12 de diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe, evoca, desde los albores de la América cristiana, la presencia de María en la vida, en los dolores y las alegrías de nuestro pueblo, singularmente del pueblo aborigen y afroamericano, que aprendieron de ella a vivir su alegría, a abrirse a Dios en su pobreza, y a compartir sus bienes con los hermanos.

Los ecuatorianos han respondido siempre con afecto filial a ese amor de la Virgen Madre. Nuestro Congreso nos llama a la imitación de María en su fe, en su alegría, en su pobreza, en su sacrificio, en su caridad y en su servicio a los hermanos.

Ibarra, 12 de diciembre de 1992.

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO
PRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

Nuevo Catecismo
de la Iglesia Católica

encuéntrelo en la
fundación catequística

LUZ Y VIDA

instalada en el interior del Pasaje Arzobispal
Local 13

ofrece también: Los documentos
de Santo Domingo

☎ 211 451 Apartado Postal 17-01-139

QUITO - ECUADOR

DOCUMENTOS ARQUIDIOCESANOS

"SI QUIERES LA PAZ SAL AL ENCUENTRO DEL POBRE"

El primero de enero de cada año, los católicos celebramos no solo el inicio de un nuevo año o la solemnidad litúrgica de Santa María, Madre de Dios, sino también "La Jornada mundial de la Paz".

Como tema de reflexión para la celebración de la "Jornada mundial de la paz" en el primero de enero de 1993, Su Santidad el Papa Juan Pablo II nos ha propuesto el siguiente: "Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre".

La paz, un valor que se busca y defiende

La paz no es una simple ausencia de guerras. La paz auténtica no se reduce a una tranquila resignación con el desorden social y moral, con la injusticia y la explotación de los débiles. La paz tampoco es el silencio de la inactividad, como la paz de los sepulcros. La verdadera paz es la tranquilidad en el orden, la tranquilidad que resulta del orden y concierto que se den en las relaciones del hombre con Dios, en las relaciones de los hombres entre sí, en las relaciones del hombre con la naturaleza, creada por Dios para beneficio de la humanidad. Esta paz verdadera es reconocida universalmente como uno de los valores más altos que hay que buscar y defender.

Graves amenazas a la paz

Es cierto que a nivel mundial se ha disipado el espectro de una guerra devastadora entre bloques ideológicos contrapuestos: entre capitalismo y comunismo, entre Occidente y Oriente. Pero graves conflictos locales siguen perturbando diversas regiones de la tierra. A la vista de todos está la dramática situación en que se encuentra la Bosnia Erzegovina, donde cada día las acciones bélicas siguen ocasionando nuevas víctimas, especialmente entre la población civil indefensa y causando ingentes daños materiales a las propiedades y al medio ambiente.

Hay también situaciones de conflicto y actos de violencia en varias partes del mundo, como en diversos países de Africa, en el Medio Oriente, en nuestro continente

americano, como en Centro América, que no acaba de apaciguarse, en Venezuela, en Colombia, en Perú, etc., en donde se han dado intentos de revolución, actos de terrorismo.

Otra seria amenaza para la paz es la pobreza y la miseria, que se hace cada vez más grave en el mundo. Muchas personas, es más, poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente.

Nos dice el Papa que "se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad, puesto que las condiciones en que se encuentra un gran número de personas son tales que ofenden su dignidad innata y comprometen, por consiguiente, el auténtico y armonioso progreso de la comunidad mundial" (Mensaje n. 1)

Esta realidad de pobreza y miseria emerge en toda su gravedad —nos dice el Papa— en numerosos países del mundo: tanto en Europa como en Africa, Asia y América. En diversas regiones no son pocos los desafíos sociales y económicos que deben afrontar los creyentes y los hombres de buena voluntad. Pobreza y miseria, diferencias sociales e injusticias a veces legalizadas, conflictos fratricidas y regímenes opresores interpelan la conciencia de poblaciones enteras en cualquier parte del mundo.

Al inicio del nuevo año, el Papa Juan Pablo II nos invita a todos a una reflexión común sobre las múltiples conexiones existentes entre estas dos realidades: "Pobreza y paz". En particular desea llamar la atención sobre la amenaza para la paz derivada de la pobreza, sobre todo, cuando ésta se convierte en miseria. Son millones los niños, las mujeres y los hombres que sufren cotidianamente hambre, inseguridad y marginación. Estas situaciones constituyen una grave ofensa a la dignidad humana, contribuyen a la inestabilidad social y alteran la paz.

Pobreza como fuente de conflictos

El Papa Juan Pablo II, al presentarnos en su Mensaje la pobreza como fuente de conflictos, nos dice: "El número de personas que hoy viven en condiciones de pobreza extrema es vastísimo". Y piensa en las situaciones dramáticas que se dan en algunos países africanos, asiáticos y latinoamericanos. "Son amplios sectores, frecuentemente zonas enteras de población que, en sus mismos países, se encuentran

al margen de la vida civilizada; entre ellos se encuentra un número creciente de niños que para sobrevivir no pueden contar con más ayuda que con la propia. Semejante situación no constituye solamente una ofensa a la dignidad humana, sino que representa también una indudable amenaza para la paz"... "Consintiendo que perduren situaciones de extrema pobreza se dan las premisas de convivencia sociales cada vez más expuestas a la amenaza de violencias y conflictos" (Mensaje, 3).

El empobrecimiento en América Latina y en el Ecuador

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo en octubre de 1992, hizo la siguiente descripción de la situación de pobreza y miseria en América Latina: "En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales; los rostros desilucionados por los políticos que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura que no es respetada y ès incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de los menores abandonados que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros cansados de los migrantes que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente (DT 163)" (S.D. 178). "El creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros hasta llegar a intolerables extremos de miseria es el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina". "Las estadísticas demuestran con elocuencia que en la última década las situaciones de pobreza han crecido tanto en números absolutos como en relativos. A nosotros los pastores nos conmueve hasta las entrañas el ver continuamente la multitud de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que sufren el insoportable peso de la miseria así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; son personas humanas concretas e irrepetibles que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida". "Miramos el empobrecimiento de nuestro pueblo no solo como un fenómeno económico social, registrado y cuantificado por las ciencias sociales. Lo miramos desde dentro de la experiencia de mucha gente con la que compartimos, como pastores, su lucha cotidiana por la vida". "La política de corte neoliberal que predomina hoy en América Latina y el Caribe profundiza aún más las consecuencias negativas de estos mecanismos. Al desregular indiscriminadamente el mercado, eliminarse partes importantes de la legislación laboral y despedirse trabajadores, al reducirse los gastos sociales que protegían a las familias

de trabajadores se han ahondado aún más las distancias de la sociedad". "Tenemos que alargar la lista de rostros sufrientes que ya habíamos señalado en Puebla (nn. 31-39), todos ellos desfigurados por el hambre, aterrorizados por la violencia, envejecidos por infrahumanas condiciones de vida, angustiados por la supervivencia familiar. El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos" (S.D. 179).

La situación de pobreza en el Ecuador

También en nuestro País experimentamos que el empobrecimiento de grandes sectores de nuestro pueblo es causa de conflictos y una amenaza para la paz social.

Las comunidades indígenas, organizadas en varias agrupaciones como la CONAIE, hicieron oír su voz de protesta contra la marginación, la situación de pobreza, el desconocimiento práctico de sus derechos y de los valores de sus culturas y su necesidad de poseer tierras para su subsistencia, en dos levantamientos y en una marcha hasta Quito de las organizaciones de indígenas de Pastaza. El pueblo ecuatoriano se siente golpeado por las medidas de reajuste económico tomadas por el Gobierno nacional y son indicadores de la grave crisis económica que le afecta la inflación que cada vez disminuye el valor adquisitivo de los salarios y remuneraciones que resultan insuficientes, la carestía de la vida, la falta de puestos de trabajo, la economía informal, etc. Hay grupos de profesionales que no reciben a tiempo sus remuneraciones como los médicos y profesores, los gobiernos seccionales no reciben puntualmente las asignaciones económicas del erario nacional y todas estas manifestaciones de la pobreza producen protestas y tensiones, como huelgas y paros que rompen la paz social.

Algunos problemas particularmente inquietantes

El Sumo Pontífice, en su Mensaje para esta Jornada Mundial de la Paz señala algunos problemas particularmente inquietantes, que afectan a los pobres y, como consecuencia, amenazan la paz.

En primer lugar, el problema de la deuda externa que, para algunos países y en ellos para los sectores sociales menos pudientes, sigue siendo un peso insoportable. "¿No son quizá —se pregunta el Papa— los sectores más pobres de dichos países los que

tienen que sostener frecuentemente la carga mayor de la devolución? Semejante situación de injusticia puede abrir el camino a crecientes rencores, a sentimientos de frustración y hasta de desesperación". "Ha llegado quizá el momento de examinar nuevamente el problema de la deuda externa, dándole la debida prioridad" —dice el Papa— "Las condiciones de devolución total o parcial deben ser revisadas, buscando soluciones definitivas que permitan afrontar plenamente las graves consecuencias sociales de los programas de ajuste". (M. 3).

"Un segundo problema candente es el de la droga: su relación con la violencia y el crimen es conocida triste y trágicamente por todos. En algunas regiones del mundo son precisamente las poblaciones más pobres las que cultivan plantas para la producción de estupefacientes. Por eso lo primero que hay que hacer, para ayudar a los cultivadores a superar esa situación, es ofrecerles medios adecuados para salir de su pobreza.

Otro problema ulterior nace de las situaciones de grave dificultad económica que hay en algunos países, las cuales favorecen corrientes migratorias masivas hacia países más afortunados, en los que se producen tensiones que perturban la convivencia social. Amenaza subrepticia pero real para la paz es, pues, la miseria, la cual, socavando la dignidad del hombre, constituye un serio atentado al valor de la vida y perjudica gravemente el desarrollo pacífico de la sociedad. (M. n. 3).

El remedio de estos males: salir al encuentro del pobre

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo el pasado mes de octubre, ha estudiado con atención la situación existente en América Latina y, proponiendo de nuevo a los cristianos la tarea de la nueva evangelización, ha invitado de manera apremiante a los fieles y a cuantos aman la justicia y el bien a servir la causa del hombre. Los Obispos han recordado la gran misión que debe coordinar los esfuerzos de todos: defender la dignidad de la persona, comprometerse en una distribución equitativa de los bienes, promover de manera armónica y solidaria una sociedad donde cada uno se sienta acogido y amado. Estos son los presupuestos imprescindibles para construir la verdadera paz. (M. n. 1)

El derecho al desarrollo de los países más pobres exige a los países desarrollados el preciso deber de intervenir en su ayuda. A este respecto dice el Concilio Vaticano

II: "El derecho a poseer una parte de bienes suficientes para sí mismos y para sus familiares es un derecho que corresponde a todos ... Los hombres están obligados a ayudar a los pobres y ciertamente no solo con bienes supérfluos" (G.S. 69). La exhortación de la Iglesia, eco fiel de la voz de Cristo, es muy clara: los bienes de la tierra están destinados a toda la familia humana y no pueden ser monopolio exclusivo de pocos (cf Centesimus annus, 31 y 37).

En favor de la persona y, por tanto, de la paz, es urgente aportar a los mecanismos económicos los correctivos necesarios que les permitan garantizar una distribución más justa y equitativa de los bienes. Para esto no basta solo el funcionamiento del mercado; es necesario que la sociedad asuma sus responsabilidades (C.a. 48), multiplicando los esfuerzos, a menudo ya considerables, para eliminar las causas de la pobreza con sus trágicas consecuencias. Ningún país aisladamente puede llevar a cabo semejante medida. Precisamente por esto es necesario trabajar juntos, con la solidaridad exigida por un mundo que es cada vez más interdependiente. (M. 3).

Espíritu de pobreza y pobreza evangélica, como fuente de paz

En los países industrializados la gente está dominada por el ansia frenética de poseer bienes materiales. La sociedad de consumo ahonda la brecha que separa a ricos y pobres y la afanosa búsqueda de bienestar impide ver las necesidades de los demás. Para promover el bienestar social, cultural, espiritual e incluso económico de cada miembro de la sociedad, es indispensable frenar el consumo inmoderado de bienes materiales y contener la avalancha de necesidades artificiales. Se impone el espíritu de pobreza o la práctica de la pobreza evangélica.

La moderación y la sencillez deben llegar a ser los criterios de nuestra vida cotidiana. La cantidad de bienes consumidos por una reducidísima parte de la población mundial produce una demanda excesiva respecto de los recursos disponibles. La reducción de la demanda constituye un primer paso para aliviar la pobreza, si esto va acompañado de esfuerzos eficaces que aseguren una justa distribución de la riqueza mundial. El Evangelio invita a los creyentes a no acumular bienes en este mundo perecedero, sino a atesorar tesoros en el cielo (*Mt.* 6, 19-20). Este es un deber inherente a la vocación cristiana, vivir la pobreza evangélica igual que el trabajar para vencer la pobreza y la miseria.

La pobreza evangélica se presenta como fuente de paz, porque gracias a ella la persona puede establecer una justa relación con Dios, con los demás y con la creación. La vida de quien actúa con este espíritu de pobreza es un testimonio de que la humanidad depende absolutamente de Dios que ama a todas las criaturas, y los bienes materiales son considerados por lo que son: un don de Dios para bien de todos. Los pobres según el espíritu del Evangelio están dispuestos a sacrificar sus bienes y a sí mismo para que otros puedan vivir. Su único deseo es vivir en paz con todos, ofreciendo a los demás el don de la paz de Jesús (Cf. *Jn*. 14, 27).

El divino Maestro nos enseñó con su vida y sus palabras las exigencias características de esta pobreza que dispone a la verdadera libertad. Nació en pobreza; vivió como uno que "no tiene dónde reclinar su cabeza" (*Mt*. 8, 20). Llamó bienaventurados a los pobres y aseguró que es para ellos el Reino de los cielos. El ejemplo de Cristo, así como su palabra, es norma para los cristianos.

Sabemos que todos, sin distinción, en el día del juicio universal, seremos juzgados sobre nuestro amor concreto a los hermanos.

"¡Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre!"

Que los ricos y los pobres puedan reconocerse como hermanos y hermanas, compartiendo entre sí todo lo que poseen, como hijos de un único Dios que ama a todos, que quiere el bien de todos, que ofrece a todos el don de la paz!"

Así sea.

Quito, a 1º de enero de 1993.

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO

RESPUESTA A LA RELACION QUINQUENAL (1984 - 1988)

Vaticano, 5 de noviembre de 1992

A Su Excelencia
Mons. Antonio José GONZALEZ ZUMARRAGA
Arzobispo de Quito

Señor Arzobispo:

Me es grato saludarle cordialmente como Pastor de esa Iglesia arquidiocesana de Quito que cuenta con una recia tradición cristiana y un rico patrimonio artístico y cultural, expresión genuina de su fe, y cuya Sede es una de las más antiguas de la Iglesia en Latinoamérica. Al dar respuesta a la Relación quinquenal (1984 - 1988) sobre el estado de la misma, presentada por Usted al Santo Padre con ocasión de la última visita *ad Limina Apostolorum* girada por los Sres. Obispos de Ecuador, renuevo confiado mi oración a Dios nuestro Señor pidiendo que por vuestro medio se difunda por todas partes el buen olor del conocimiento, cada vez más vivo y operativo, de Jesucristo, Redentor del hombre (cfr. 2 Cor 2, 14).

La lectura de su completa, ordenada y bien articulada Relación consiente obtener un cuadro de los progresos hechos en estos años en el campo pastoral, así como también de las dificultades de diverso orden que encuentra esa Iglesia particular en su actual andadura.

De entre los problemas que afectan a los fieles de la comunidad arquidiocesana, algunos son sustancialmente idénticos a los de otras circunscripciones eclesiásticas de esa nación, pues todas ellas son sujetos de su común historia. Me refiero en concreto a un secularismo que se presenta con ciertas vestes de oficialidad, al laicismo presente en el campo de la educación pública, a la acción de las sectas, a los problemas de empleo, vivienda, salud y educación motivados en buena parte por la inmigración masiva de las gentes del campo, operada en los últimos decenios. Otros en cambio están ligados a la condición de metrópoli de la ciudad de Quito, sede por tanto de las instituciones del país, cabeza de las actividades comerciales e indus-

triales de la nación, así como de los principales centros artísticos, culturales y deportivos; una condición que obliga a poner en práctica una pastoral diferenciada y a atender necesidades y objetivos diversísimos: desde el cuidado de la heterogénea población indígena presente en buen número en la arquidiócesis, a la necesaria solicitud por el mundo universitario o por los medios nacionales de comunicación.

Gracias a Dios, las raíces hondamente cristianas del pueblo ecuatoriano se ponen claramente de manifiesto en la arquidiócesis en hechos significativos como la recepción prácticamente general del Bautismo y en un alto porcentaje también de la Confirmación, así como en la relativamente numerosa participación de los fieles a la Santa Misa.

Como el Informe refiere, durante los años del quinquenio, se ha trabajado por dar un impulso a la toma de conciencia de los laicos del papel que les toca en la común misión de la Iglesia, creándose a estos efectos el Consejo arquidiocesano de laicos; por otra parte, desde 1984, el Instituto Teológico provee a la mejora de su formación doctrinal. Se observa igualmente un repunte de las organizaciones católicas en el mundo laboral, y la Oficina de Pastoral Social, además de coordinar las diversas iniciativas en favor de la promoción humana, ha puesto en marcha diversos programas con ayuda de otras Iglesias particulares. El aumento y desarrollo de las Comunidades Eclesiales de Base ha sido otro de los empeños más fuertes de la pastoral arquidiocesana, con una eficaz colaboración de las religiosas en los barrios marginales y en las zonas rurales. También la familia se ha visto favorecida por la actuación de varios movimientos laicales de apostolado y por la intensificación de los cursos preparatorios al matrimonio.

A la luz de cuanto llevamos dicho y de cuanto en el desarrollo de los trabajos de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano se ha puesto de relieve, considero que en estos momentos, en los que se desea acentuar "una acción evangelizadora que ponga a Cristo en los corazones y en los labios de todos los latinoamericanos" (Juan Pablo II, **Discurso de apertura de los trabajos de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano,** n, 5, 12 de octubre de 1992) será particularmente importante, de frente al grave peligro que una progresiva secularización representa para la fe, un renovado empeño en la proclamación de las verdades fundamentales de la fe sobre las dimensiones individuales, familiares y sociales de la persona humana (cfr. *ibidem*, n. 11).

A este propósito, un anuncio de la fe que haga conscientes a los hombres de su irrenunciable dignidad de hijos de Dios requiere al mismo tiempo afrontar con decisión la tarea de seguir encarnando la fe en la cultura, una cultura en la que el respeto de la dignidad humana y la estima y cultivo de los auténticos valores humanos y de las aspiraciones religiosas de los hombres constituyan el "humus" en el que crezcan y se desarrollen las nuevas generaciones de ecuatorianos. Se trata pues de cultivar una "nueva" mentalidad en la que los esfuerzos "en favor de la justicia, del cambio de estructuras injustas y de la liberación del hombre de todas las esclavitudes que le amenazan" (Juan Pablo II,**Encuentro con el mundo de la cultura,** n. 6, 30 de enero de 1985) puedan ser verdaderamente eficaces y duraderos.

Grande es en este campo el papel que está llamada a efectuar la Universidad Católica del Ecuador, uno de cuyos objetivos básicos es justamente el de mantener el diálogo fe-cultura y contribuir de ese modo a una efectiva evangelización de esta última. No solo será oportuno intensificar la pastoral con los jóvenes universitarios dotándola de los agentes pastorales y de las estructuras adecuadas, se precisa igualmente que la cultura creada en dicho centro sea en su misma raíz y ya en su mismo origen católica. Ello será posible si el cuerpo de maestros, movido por el amor a la verdad —también por aquella Verdad de la que cualquiera otra es participación y reflejo—, sabe inculcar en los estudiantes ese mismo amor y cumple su función docente e investigadora bien consciente del común origen de la verdad de la fe y de la verdad científica.

También los colegios católicos deben tomar nueva conciencia de su misión en este campo incrementando su prestigio pedagógico y articulando los medios oportunos que les permitan realizar la misión, que es su razón de ser, de ofrecer a los alumnos una recia y profunda educación católica. Una educación que non se satisface solo con el ejercicio de las prácticas piadosas, sino que exige un esfuerzo para educarlos en los valores cristianos y ofrecerles una visión del mundo y de las cosas en plena armonía con la fe.

Del todo singular por la amplitud de su alcance es la contribución que en la difusión de una cultura cristiana pueden y deben prestar los modernos medios de comunicación. Si gracias a ellos la Palabra de Dios puede llegar a grandes masas de fieles y servir al mismo tiempo a la obra de evangelización, de instrucción y de educación, se comprende bien el interés de promover todo tipo de iniciativas en este campo y de preparar agentes pastorales capaces de realizar en él una profunda y

extensa labor apostólica mediante la elaboración de los programas adecuados y mediante una pastoral específica con los profesionales de los medios.

En la nueva cultura de comunión y solidaridad que ha de ser alumbrada, los pobres y necesitados de todo género han de ser objeto de especial atención, sirviendo con decisión, con su aportación específica, la causa de su elevación y de sus legítimas aspiraciones de mayor justicia social. La Iglesia, movida por la misma caridad de Jesucristo, su Señor y Maestro, ha de hacer cuanto esté en su mano "para que los pobres y los más olvidados sientan la cercanía de la solidaridad fraterna; para que los marginados y abandonados experimenten el amor de Cristo, para que los sin voz se sientan escuchados, para que los tratados injustamente hallen defensa y ayuda" (Juan Pablo II, **Homilía durante la Santa Misa para los sacerdotes, religiosos y religiosas**, n. 8, 11 de octubre de 1992.

Deseo referirme por último a la absoluta necesidad de seguir cuidando con particular esmero la pastoral vocacional. Llena de alegría saber que durante estos años ha recibido la ordenación sacerdotal un buen grupo de jóvenes. Pero el crecimiento de la población con la consiguiente urgencia de crear nuevas parroquias, la diversidad de las necesidades pastorales, la multiplicación de las pequeñas comunidades cristianas que requieren la presencia del sacerdote, que "participa de la autoridad con que Cristo mismo, edifica, santifica y gobierna su cuerpo" (*Presbyterorum ordinis*, n. 2), aconsejan continuar y aun intensificar la promoción de las vocaciones y cuidar solícitamente su específica formación.

Señor Arzobispo, me complace comunicarle que el Santo Padre, que siente cercanos los afanes pastorales, nuevos y antiguos, de esa Iglesia particular de Quito, imparte la Bendición Apostólica a Usted y a todos los miembros de la comunidad arquidiocesana como prenda de las luces y gracias necesarias para afrontar los variados desafíos que tiene hoy planteados esa circunscripción eclesiástica.

Por mi parte, me sirvo de esta circunstancia para renovarle mis sentimientos de fraterna estima, confirmándome

Devmo. en el Señor

B. Card. Gantin
PREFECTO

ESTEMOS SIEMPRE PREPARADOS

"Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre" (Lc. 12, 40).

Señor Presidente Constitucional de la República, señor Vicepresidente, señores Ministros de Estado, autoridades militares, parientes y amigos de los fallecidos, hermanos en N.S. Jesucristo:

El pasado mes de diciembre de 1992, que se caracteriza por ser para Quito un mes de festividades —se celebraron las fiestas de la fundación española de Quito, luego vienen las fiestas de Navidad— se vio enlutado por dos fatídicos y estremecedores accidentes aviatorios. Accidentes similares, acaecido el segundo once días después del primero, en la misma zona de la ciudad de Quito, en la Avenida González Suárez, cuando los aviones se aprestaban a aterrizar en el aeropuerto "Mariscal Sucre" de nuestra ciudad.

El primer accidente acaeció el jueves 10 de diciembre, a las 19 horas cuarenta minutos, cuando el jet Sabreliner del Ejército, piloteado por el Teniente Coronel Marco Aurelio Luzuriaga, que traía a Quito al General Carlomagno Andrade, Comandante General del Ejército, con su joven hijo Carlos Iván, cayó en el patio del edificio Torre Sol.

Once días después, el lunes 21 de diciembre, a las 11 horas y 27 minutos, un bimotor Piper Séneca II, que transportaba desde Manabí hasta Quito al señor Pedro Zambrano, Ministro de Información y Turismo, a su esposa, Rita Vélez, y a otros funcionarios del Ministerio, atravezó por el tercer piso el edificio Olimpus de la misma Avenida González Suárez. Piloteaba este avión el Capitán Hugo Aguirre. En los dos accidentes la visibilidad era nula.

Estos accidentes, en los que fallecieron dos altos e importantes colaboradores del Gobierno Nacional, con sus seres queridos y varias otras personas que los acompañaban en su respectivo viaje aéreo, pueden ser considerados como una desgracia, como fatalidades que causan consternación, dolor y llanto especialmente en las personas más íntimamente relacionadas con los fallecidos.

Sin embargo, la Palabra de Dios que ha sido proclamada ante nosotros en la primera

lectura del libro de la Sabiduría, nos invita a que ubiquemos estos acontecimientos dolorosos en los inescrutables planes de la Providencia de Dios. Sabemos que el señor General Carlomagno Andrade y el señor Ministro Pedro Zambrano y sus acompañantes eran hombres de fe, fueron justificados por los sacramentos de la iniciación cristiana y, por tanto, a ellos se pueden aplicar estas palabras del libro de la Sabiduría: "La vida de los justos está en las manos de Dios y no los tocará el tormento". Sus vidas de cristianos estaban confiadas al providente cuidado de Dios, estaban en las manos de Dios. Por tanto su muerte, aparentemente trágica, no puede ser considerada como un tormento, como un castigo o como una desgracia. El libro sapiencial nos dice: "La gente insensata pensaba que morían, consideraba su tránsito como una desgracia; su partida de entre nosotros, como una destrucción; pero ellos están en paz. La gente pensaba que eran castigados, pero ellos esperaban seguros la inmortalidad" (*Sb* 3, 3) Es cierto que sufrieron con tan violenta muerte, pero consideremos que ella fue una prueba. "Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí: los probó como oro en el crisol, los recibió como sacrificio de holocausto" (*Sb* 3, 6).

Como cristianos, ellos fueron nuestros hermanos en la fe, ellos fueron fieles a Dios, a la Iglesia, a la fe cristiana, por tanto ellos, a pesar de su muerte súbita e inesperada, permanecerán junto a Dios en el amor, porque ante Dios sus elegidos hallan gracia y misericordia. (Cfr. *Bb*. 3, 9).

Estas palabras del libro de la Sabiduría deben ser para nosotros, que hemos sentido hondamente su muerte, deben ser para sus parientes y amigos, que aún lloran su dolorosa partida, fuente de consuelo y de esperanza.

Sus obras los acompañan

La segunda lectura proclamada en esta Eucaristía, tomada del libro del Apocalipsis, declara "Dichosos a los muertos que mueren en el Señor" y asegura que para ellos la muerte es un descanso de sus fatigas. En fin, la lectura del Apocalipsis termina con este aserto: el hombre, después de su muerte, nada lleva consigo de lo que ha adquirido durante su vida. Solo lo acompaña, más allá de su muerte, el mérito de sus buenas obras. "Oí una voz que decía desde el cielo: ¡Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor! Sí (dice el Espíritu), que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan" (*Ap* 14, 13).

Mueren en el Señor aquellos cristianos que llegan al final de su vida terrena iluminados con la luz de la fe e inflamados con el fuego del amor a Dios y del amor al prójimo. Mueren en el Señor aquellos cristianos que llegan al final de su vida terrena en el fiel cumplimiento de sus deberes de estado y, entonces, los méritos de sus buenas obras los acompañan más allá de su muerte y para ellos la muerte es el descanso de sus fatigas.

El General Carlomagno Andrade, su joven hijo y sus demás compañeros de viaje, el señor Ministro Pedro Zambrano, su esposa y demás funcionarios del Ministerio de Información y Turismo se profesaban cristianos, en su vida y en su muerte los iluminó la luz de la fe y en sus actividades procuraban dar pruebas de su amor a Dios y al prójimo, por tanto podemos decir que ellos murieron en el Señor y a ellos se les puede aplicar la bienaventuranza del Apocalipsis: "Dichosos los muertos que mueren en el Señor!". Ellos murieron en el desempeño de sus funciones con las que servían el pueblo ecuatoriano: el General Carlomagno Andrade había viajado a Machala a cumplir obligaciones de su cargo de Comandante General del Ejército; el Ministro Pedro Zambrano, en la mañana del lunes 21 de diciembre, retornaba de Manabí para continuar sus trabajos en el Ministerio que tenía a su cargo. Por ello, la muerte fue para ellos un descanso de sus fatigas y más allá de la muerte a ellos les acompañaron las obras buenas que habían realizado y el mérito de sus servicios a Dios y a sus semejantes.

Ellos, con el cumplimiento de su deber y con el mérito de sus buenas obras, tuvieron ceñida la cintura y encendidas las lámparas, para el encuentro definitivo con el Señor en el momento de su muerte súbita.

Pidamos a Dios que les conceda el descanso eterno y la gloria

Al cumplirse hoy el día trigésimo del segundo accidente aviatorio, el Señor Presidente Constitucional de la República y el Gobierno Nacional han querido que se celebrara esta Eucaristía, a fin de que todos los aquí presentes tuviésemos la oportunidad no solo de recordar a los fallecidos en tan lamentables accidentes, sino, sobre todo, para que ofreciéramos a Dios nuestras oraciones y este Sacrificio en expiación de sus deficiencias y pecados, a fin de que purificados de sus faltas puedan ser admitidos en el descanso eterno del cielo y en la gloria de Cristo resucitado.

La Misa o Eucaristía es una actualización sacramental del misterio pascual de Cristo, de su muerte en la cruz y de su gloriosa resurrección, con las que llevó a cabo la salvación del hombre.

Pidamos fervorosamente a Dios que así como a nuestros hermanos en la fe, Carlomagno Andrade, Pedro Zambrano y a sus compañeros que sufrieron los accidentes aviatorios, ya los ha hecho partícipes de la muerte de Jesucristo, los haga también partícipes de la gloria de su resurrección.

Estemos siempre preparados

La súbita e inesperada muerte de estos hermanos nuestros en la fe, que fallecieron en los lamentables accidentes del 10 y del 21 de diciembre de 1992, debe recordarnos a todos nosotros que también nuestra muerte es inesperada. Sabemos con certeza que moriremos; pero no sabemos cuándo ni cómo moriremos.

Aprendamos del Evangelio, que ha sido proclamado en esta Eucaristía, la lección práctica de estar siempre preparados para el encuentro con el Hijo del hombre en la hora de nuestra muerte. Tengamos siempre ceñida la cintura con la vigilancia y encendidas las lámparas con la fe y las buenas obras, para ser como los criados vigilantes que aguardan la vuelta de su señor a cualquier hora de la noche, para abrirle apenas venga y llame.

Jesucristo declara dichosos a los criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela. Y, si llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra vigilantes, dichosos ellos.

Estemos, pues, siempre preparados, porque a la hora que menos pensemos, viene el Hijo del hombre.

Que, cuando venga Jesucristo a encontrarnos a la hora de nuestra muerte, estemos de tal modo preparados, que pueda decirnos: "Ea, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, en la Misa del día trigésimo del fallecimiento del General Carlomagno Andrade y del Ministro Pedro Zambrano, celebrada en la Catedral Metropolitana de Quito, el 21 de enero de 1993.

BEATIFICACION DE BRAULIO MARIA CORRES, FEDERICO RUBIO Y 69 COMPAÑEROS MARTIRES DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS

Estimados Hermanos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios:

El domingo 25 de octubre de 1992, S.S. el Papa Juan Pablo II, en solemne ceremonia celebrada en la Plaza de San Pedro en Roma, beatificó a 123 siervos de Dios. Setenta y uno de ellos, Braulio María Corres, Federico Rubio y 69 compañeros mártires pertenecían a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Siete de ellos eran colombianos y los demás, españoles. Cincuenta y un mártires eran del Instituto religioso de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, todos ellos españoles, y Narcisa de Jesús Martillo Morán, nuestra compatriota, joven seglar de Nobol, de la Arquidiócesis de Guayaquil.

La ceremonia comenzó a las 10 de la mañana. Después de cantado el Kirie de la Misa, se acercaron a la cátedra del Santo Padre el Arzobispo de Barcelona, Mons. Ricardo María Carles Gordó; el Obispo de Carbastro, Mons. Ambrosio Echebarría Arroita, y el Arzobispo de Guayaquil, Mons. Juan Larrea Holguín, acompañados de los respectivos postuladores de las causas de beatificación. El Arzobispo de Barcelona pidió al Papa, en nombre de todos, que inscribiera en el catálogo de los beatos a los 1234 siervos de Dios. A continuación se leyó una breve biografía de los que iban a ser beatificados. El Arzobispo de Barcelona leyó la de los mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

En aquella solemne Misa de beatificación, rodeamos al Santo Padre Juan Pablo II, más de cincuenta concelebrantes, entre ellos varios familiares de los nuevos beatos, los prelados ecuatorianos: el Arzobispo de Quito, el Arzobispo de Guayaquil, Mons. Bernardino Echeverría, el Obispo de Loja. Asistió a la ceremonia una gran asamblea de fieles, procedentes en especial de los lugares de origen de los nuevos beatos. En lugar preferente estuvo una delegación especial del Gobierno del Ecuador, presidida por el señor Vicepresidente de la República e integrada por el señor Ministro de Re-

laciones Exteriores, el Lcdo. Francisco Salazar Alvarado, ex-embajador del Ecuador ante el Vaticano, y otras personalidades.

En el momento mismo de la beatificación, S.S. el Papa Juan Pablo II pronunció solemnemente la siguiente fórmula: "Nos, acogiendo el deseo de nuestros hermanos Ricardo María Carles Gordó, Arzobispo de Barcelona...; Ambrosio Echebarría Arroita, Obispo de Barbastro; y Juan Larrea Holguín, Arzobispo de Guayaquil; de muchos otros hermanos en el episcopado y de muchos fieles, después de haber obtenido el parecer de la Sgda. Congregación de las Causas de los Santos, con nuestra Autoridad Apostólica concedemos que los Venerables Siervos de Dios Braulio María Corres, Federico Rubio y 69 compañeros, Felipe de Jesús Munárriz y 50 compañeros, y Narcisa de Jesús Martillo Morán de ahora en adelante sean llamados Beatos y que se pueda celebrar su fiesta en los lugares y según las reglas establecidas por el Derecho, cada año, en el día de su nacimiento para el cielo: el 30 de julio para Braulio María Corres, Federico Rubio y los 69 compañeros; el 13 de agosto para Felipe de Jesús Munárriz y los 50 compañeros, y el 8 de diciembre para Narcisa de Jesús Martillo Morán. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Un gran aplauso se levantó de la asamblea. Los tapices que representaban a los nuevos beatos se desenrrollaron en la fachada de la Basílica Vaticana. Los Ordinarios de Barcelona, Basbastro y Guayaquil agradecieron al Santo padre por haber proclamado beatos a los Venerables Siervos de Dios y continuó la celebración de la Eucaristía con el canto del gloria.

Hoy, sábado 23 de enero de 1993, los religiosos y religiosas de la orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que trabajan de acuerdo a su propio carisma en la Arquidiócesis de Quito, han querido celebrar esta Eucaristía, en esta Catedral Metropolitana, para dar gracias a Dios por el inmenso beneficio espiritual concedido a la Iglesia y a la Orden Hospitalaria con la beatificación de esos 71 mártires de España y Colombia.

Quiénes son estos mártires de la Orden Hospitalaria

Este numeroso grupo de 71 mártires son religiosos pertenecientes a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Todos ellos formaban parte de diversas comunidades hospitalarias en Cataluña —Calafell, Barcelona y Sant Boi— y en la

zona central de España —Talavera de la Reina, Madrid, Ciempozuelos y Carabanchel—y se dedicaban a sus tareas de asistencia a los enfermos, al mismo tiempo que una parte de ellos, por jóvenes, se preparaban religiosa y técnicamente.

Como consecuencia de la persecución religiosa por la que atravesó la Iglesia Católica en España con ocasión de la Guerra Civil desatada entre 1936 y 1939, fueron muertos violentamente, habiendo sufrido antes amenazas, insultos, malos tratos y no pocos después de atroz cárcel, por la sola razón de su fe católica y su religión, de su vocación religiosa y misión de caridad. Ellos recibieron la palma del martirio por su fe y su condición de religiosos hospitalarios en distintos lugares y fechas durante el verano y otoño de 1936.

En Talavera de la Reina MURIERON MARTIRIZADOS cuatro religiosos de la Escuela Apostólica, entre ellos Federico (Carlos) Rubio Alvarez, que tenía 73 años de edad, era sacerdote y exprovincial y un joven de 22 años, Juan de la Cruz Delgado Pastor. Estos cuatro religiosos fueron sometidos a un breve interrogatorio y juicio somero y luego martirizados a primeras horas de la tarde del 25 de julio de 1936, junto al santuario de la Virgen del Prado, en la misma ciudad de Talavera.

Sanatorio San Juan de Dios de Calafell

Braulio María (Pablo) Corres Díaz, que era sacerdote, maestro de novicios y consejero provincial, encabezó el grupo de 15 hospitalarios que, al grito de ¡Viva Cristo Rey! murieron sacrificados hacia las cinco de la tarde del 30 de julio de 1936 en Calafell, Tarragona. Ellos pertenecían al Sanatorio San Juan de Dios de Calafell. Vivieron los últimos ocho días en continuos sobresaltos físicos y morales. Fue eliminada del hospital toda señal religiosa, pero seguían sus prácticas de piedad a escondidas, sostenidos heroicamente por los Beatos Braulio María Corres y Julián Carrasquer. Horas antes de salir para el martirio, comulgaron en forma de viático, aleccionados proféticamente por el P. Braulio: "Pronto, muy pronto, vamos a tener la inefable dicha de ver a Jesús sin velos. En estos momentos parece como que nos conducen en triunfo a este final glorioso. ¡Animo y adelante, hasta el martirio! El os comunicará luz, vida y fortaleza, como a mártires".

Hermanos colombianos en Barcelona

Especial mención merecen los siete hermanos colombianos, que formaban parte de

la comunidad de Ciempozuelos, donde se hallaban en período de formación religiosa y técnica. Cinco de ellos eran originarios de Antioquia, uno de Boyacá y el otro de Huila. Ellos fueron Rubén de Jesús López Aguilar, de 28 años de edad; Arturo (Luis Ayala Niño, de 27 años; Juan Bautista (José) Velásquez Peláez, de 27 años; Eugenio (Alfonso, Antonio) Ramírez Salazar, de 23 años; Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, de 29 años; Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, de 27 años y Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo, de 23 años de edad.

Ante la alarmante situación social y política reinante en España, los superiores creyeron oportuno repatriarlos a Colombia. En estas circunstancias, estando en posesión de todos los requisitos documentales, al final del viaje de Madrid a Barcelona, en donde debían embarcarse hacia Colombia, fueron apresados. Su martirio se llevó a cabo el 9 de agosto de 1936. Fueron muertos por la sola razón de ser religiosos. Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Montjuich, de Barcelona, en la fosa "Agrupación San Jaime 9-11". Estos siete religiosos hospitalarios son los primeros colombianos glorificados por la Iglesia, al ser elevados al honor de los altares.

Santuario San José de Ciempozuelos (Madrid)

Se pueden distinguir tres momentos fuertes en el martirio de 22 religiosos de la Comunidad de Ciempozuelos: una *introducción* con sobresaltos en casa hasta ser detenidos. El superior H. Guillermo Llop, previendo el final, les aleccionó de esta manera: "Ha llegado la hora de sufrir persecución; el Señor quiere hacernos dignos de tanta merced. Roguemos los unos por los otros". Con un abrazo se despidieron. Mientras tanto seguían entre los enfermos. El segundo momento fue el de una preparación, que duró casi cuatro meses en que permanecieron apresados en la cárcel de San Antón de calle Hortaleza, dando ejemplo admirable de fortaleza, piedad y hospitalidad entre incomodidades e irreverencias. La acción orientadora tanto del Beato Juan Jesús Adradas, como la del Beato Guillermo Llop fue de extraordinaria eficacia. El tercer momento, el del martirio, llegó en los días 28 y 30 de noviembre de 1936. Fueron sacrificados en Paracuellos del Jarama. Su saludo definitivo de despedida fue ¡Hasta el cielo!.

Del Instituto de San José de Carabanchel Alto (Madrid)

Al ser incautada la Casa del Instituto de San José de Carabanchel Alto (Madrid) de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, se presentaron síntomas de que se avecinaba para la Comunidad de doce hermanos un final de martirio. La comunidad seguía haciendo sus rezos en privado y la asistencia a los enfermos epilépticos continuaba con cierta normalidad. El primero de septiembre de 1936, a medio día, mientras los Hermanos estaban repartiendo la comida a los enfermos, fueron apresados y a media tarde fueron martirizados en Boadilla del Monte, mientras gritaban ¡Viva Cristo Rey! Eran los doce hermanos componentes activos de la Comunidad.

Junto a los casos de martirio de comunidades casi íntegras, hay que añadir los diversos casos de religiosos hospitalarios que fueron martirizados en diversos lugares y circunstancias distintas, por separado, individualmente, pertenecientes a las comunidades de Barcelona, Madrid, Ciempozuelos y Sant Boi de Llobregat.

Estos 71 Hermanos beatificados el 25 de octubre de 1992 corresponden a los procesos canónicos incoados respectivamente en las diócesis de Barcelona y Madrid entre 1948 y 1956, que culminaron con el reconocimiento por el Papa Juan Pablo II de la autenticidad de su martirio el 14 de mayo de 1991.

El valioso testimonio de su martirio

Los beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y 69 compañeros, todos ellos religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, la mayoría españoles y siete colombianos, "combatieron bien su combate, corrieron hasta la meta y mantuvieron la fe" (Cfr. 2 Tm . 4,7). Por tratarse de personas consagradas de nuestro tiempo, estos mártires son conocidos y recordados todavía en sus lugares de origen o donde ejercieron su apostolado. Asistió a la solemne ceremonia de su beatificación un nutrido grupo de parientes cercanos, de numerosos paisanos y un pequeño grupo de compañeros de los mismos mártires, de los cuales recibieron un ejemplo inolvidable.

Todos estos hermanos, juntamente con los siete de Colombia, que fueron beatificados en coincidencia con el V Centenario de la evangelización de América, perseverando en su consagración a Dios, en el abnegado servicio a los enfermos y en la

fidelidad a los valores del carisma y misión hospitalaria que practicaban dieron su vida por la fe y como prueba suprema de amor. Dieron el supremo testimonio del martirio. Su martirio sigue los pasos de Cristo, misericordioso y Buen Samaritano, tan cercano al hombre que sufre al entregar la vida por la salvación del género humano.

No hay duda -recordaba el Papa- de que tenían muy presente una exhortación de su fundador, San Juan de Dios: "Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos" (la carta a la duquesa de Sesa).

Hermanos y Hermanas Hospitalarias y todas las personas que se dedican a la atención a los enfermos y a la pastoral de la salud, estos setenta y un mártires son ejemplo y estímulo para todos, pero particularmente para vosotros, religiosos y religiosas de la Orden Hospitalaria y también para cuantos dedicáis vuestra vida al cuidado y servicio de los enfermos, especialmente de los más pobres y marginados. En vuestro apostolado tratad de ser siempre instrumentos del Señor, que está cerca de los atribulados y salva a los abatidos.

Con esta Eucaristía, agradezcamos a Dios el precioso don concedido a la Iglesia y en la Iglesia a la Orden Hospitalaria de setenta y un nuevos mártires, que han sido presentados ante nosotros como ejemplo y modelo de constancia en la fe, a pesar de las persecuciones, y de heroísmo en el amor a Dios y a los hermanos, hasta dar la vida como prueba suprema de ese amor. En ellos se cumplió plenamente la sentencia de Jesucristo: "Nadie tiene amor más grande, que el que da la vida por quienes ama". Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., en la Catedral Metropolitana de Quito, en la Misa celebrada por la beatificación de los Mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, el sábado 23 de enero de 1993.

SESQUICENTENARIO DE LA OBRA PONTIFICIA DE LA INFANCIA MISIONERA

"Dejen que los niños vengan a mí. ¿Por qué se lo impiden? El Reino de Dios es para los que se parecen a los niños. (Mc. 10, 14).

Queridos niñas, niños y adolescentes:

Con esta Eucaristía que celebramos fervorosamente en la Catedral Metropolitana de Quito no solo solemnizamos la "Fiesta de la Infancia y Adolescencia Misioneras" -fiesta que suele celebrarse en enero con ocasión de la Epifanía- sino también conmemoramos el sesquicentenario o los ciento cincuenta años de la fundación de la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras", que es una de las Obras Misionales Pontificias, nació hace ciento cincuenta años, en el año de 1842, en Francia. Esta Obra se fundó con el nombre de "Obra Angélica" y después de la "Santa Infancia", para honrar la infancia del Niño Jesús, por iniciativa de Mons. Carlos Augusto Forbin Jasson, Obispo de Nancy, con la decidida colaboración de Paulina Jaricot. La "Obra Angélica" o de la "Santa Infancia" nació hace ciento cincuenta años con la finalidad de "Salvar la inocencia pagana por medio de la inocencia cristiana". Fue elevada a la categoría de Pontificia el 3 de mayo de 1922.

El objetivo específico que se propuso la "Obra de la Santa Infancia", que actualmente se conoce más bien con el nombre de "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras" fue el de rescatar, bautizar y educar cristianamente a los niños paganos, mediante la oración, sacrificio y limosna de los niños cristianos".

Por tanto la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras" se propone fomentar en los niños y adolescentes cristianos y católicos el espíritu misionero, para trabajar por la cristianización de los niños paganos, mediante la oración, el sacrificio y la generosidad con que nuestros niños cristianos y católicos deben ayudar a las necesidades también materiales de los niños paganos.

Los nuevos estatutos de la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras" nos la presenta como eficaz instrumento pedagógico para la educación cristiana y

animación misionera de la niñez y adolescencia. La "Obra" se propone actualmente "Despertar progresivamente en los niños y adolescentes cristianos y católicos una conciencia misionera universal y moverles a compartir la fe y los medios materiales con los niños de las regiones e Iglesias más desprovistas a este respecto" (Estatutos II, III,6).

Queridos niñas, niños y adolescentes aquí presentes, la dirección arquidiocesana de Quito de las Obras Misionales Pontificias les ha invitado a participar en esta Eucaristía, para solemnizar la Fiesta de la Infancia Misionera y para conmemorar el sesquicentenario o ciento cincuenta años de la fundación de esta Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras en la que ustedes están comprometidos.

Con nuestra participación gozosa y devota en esta Eucaristía demos gracias a Dios, porque enriqueció a su Iglesia, dotándola de esta Obra que ha venido suscitando y despertando el espíritu misionero en la niñez y adolescencia católicas.

Agradezcamos a Dios, porque inspiró a Mons. Carlos Augusto Forbin Jasson y a Paulina Jaricot la fundación de la "Obra Angélica" o de la "Santa Infancia", que ha despertado y cultivado la conciencia misionera universal en los niños y adolescentes de la Iglesia Católica.

Agradezcámosle a Dios porque ustedes mismos, estimados niñas, niños y adolescentes católicos de la Arquidiócesis de Quito, han sido llamados a la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras", a fin de educarse y formarse en el espíritu misionero, que los mueva a compartir su fe católica y también los medios materiales con los niños de los países que aún no conocen a Jesucristo.

Compromiso misionero de la niñez y adolescencia

Esta Eucaristía celebrada en el sesquicentenario de la fundación de la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras" con la Palabra de Dios que ha sido proclamada, les invita a ustedes, estimados niñas, niños y adolescentes, a asumir un compromiso apostólico y misionero de ofrecer sus oraciones, sus sacrificios y contribución económica por la difusión del Evangelio entre la niñez y la adolescencia de los países no cristianos.

La primera lectura, tomada de la I carta del apóstol San Pedro 2,1-6, les exhorta a

ustedes, como a niños recién nacidos, a crecer en la vida cristiana y a acercarse a Cristo, piedra viva, para participar de su sacerdocio, de su función profética y pastoral. Por el Bautismo los cristianos y, por lo mismo ustedes, queridos niños, hemos sido injertados en Cristo, como sarmientos en la vid, hemos sido incorporados vitalmente a Cristo, como miembros a su Cuerpo místico, y en virtud de esta nuestra unión vital con Cristo, participamos de su propia vida de Hijo de Dios. En el Hijo de Dios llegamos también nosotros a ser hijos de Dios. Pero también participamos de las funciones y de la dignidad de Jesucristo que, como nuestro Salvador, es también nuestro Profeta, nuestro Sacerdote y nuestro Rey o Pastor. Por nuestra unión con Cristo, los cristianos, como piedras vivas, entramos en la construcción del templo espiritual, que es la Iglesia. Como miembros de un pueblo sacerdotal, como participantes de la función profética y pastoral de Cristo, los cristianos, también siendo niños, debemos desarrollar una actividad apostólica y misionera, para que el Evangelio de Jesucristo sea anunciado y proclamado en todas partes, para que todos los niños que aún no conocen a Jesucristo, lleguen a conocerlo y a reconocerlo como su Salvador y entren a formar parte de la Iglesia, Sacramento de salvación universal.

El pasaje del Evangelio según San Marcos nos cuenta que en una ocasión en que Jesucristo se hallaba descansando de una larga jornada de predicación, varias personas, especialmente madres de familia, trajeron a sus niños ante el Divino Maestro, para que los tocara, impusiera sus manos sobre su cabecita y los bendijera. Aquellas madres intuyeron la bondad y el amor especial que Jesús profesaba a los niños por su candor e inocencia. En cambio los discípulos del Maestro, especialmente los apóstoles, que se preocupaban de que el Maestro descansara un poco, reprendieron a esa gente, prohibiéndole que presentara a los niños a Jesús. El Maestro bondadoso, al darse cuenta de esta actitud de los apóstoles, se enojó y les reprendió con aquellas palabras consignadas en el Evangelio: "Dejen que los niños vengan a mí. ¿Por qué se lo impiden? El Reino de Dios es para los que se parecen a los niños, y les aseguro que quien no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Mc. 10, 14-15). La escena no concluye con esta reflexión del Divino Maestro. El Evangelista San Marcos nos cuenta que inmediatamente Jesús acogió a aquellos niños, los abrazaba, les manifestaba su amor con caricias y luego imponía sus manos sobre ellos para bendecirlos. Nos cautiva y llena de emoción esta escena del Evangelio, en la que comprobamos la predilección de Jesús por los niños.

Estimados niños y adolescentes, ese mismo amor manifestado por Jesús a aquellos niños de la Palestina, les profesa también a Uds. Ustedes son los predilectos de Jesús.

Por eso ustedes también deben corresponder a ese amor de Jesús. Amenle a Jesús, ámenle intensamente, ámenle con decisión y con la resolución de hacer cualquier trabajo, cualquier sacrificio por su amor.

Pero recuerden también que Jesús ama a todos los niños del mundo. Ama también a aquellos niños que viven en países no cristianos, ama a aquellos niños que aún no le conocen, porque no han escuchado el Evangelio, no han recibido el bautismo y, por lo mismo, no son cristianos ni miembros de la Iglesia. Porque Jesús ama también a aquellos niños de los países paganos, anhela que la acción misionera de la Iglesia llegue hasta ellos. Jesús desea que también aquellos millones de niños no cristianos se acerquen a El, lo conozcan y lo amen.

En este momento Jesús les dice a Uds.: "Dejen que los niños vengan a mí". "¿Por qué se lo impiden?". Ante esta petición de Jesús ¿podrán Uds. quedarse indiferentes? Quedarse indiferentes o no hacer caso de esta petición de Jesús equivaldría a impedir que esos millones de niños no cristianos se acerquen a Jesús.

Para poner en práctica la triple función profética, sacerdotal y real o pastoral que participan de Jesucristo desde el bautismo y para procurar que los niños no cristianos vengan a Jesucristo por la fe y la conversión, Uds., queridos niños y adolescentes, comprométanse, en este sesquicentenario, a lo siguiente:

1. A la oración. Oren, en esta misma celebración, por los niños de todo el mundo, por la conversión de los niños no cristianos. Comprométanse a orar todos los días por las intenciones de la "Obra de la Infancia y Adolescencia Misioneras".

2. Comprométanse a ofrecer cada día sacrificios y actos de mortificación, aunque sean pequeños, por el éxito de la evangelización de la niñez y adolescencia de todo el mundo. Ofrezcan a Dios los esfuerzos que deben hacer para ser buenos hijos, buenos hermanos de familia y buenos compañeros. Ofrezcan a Dios los esfuerzos que deben realizar para cumplir bien sus deberes y obligaciones de estado en la escuela o colegio; los vencimientos que les exijan el perdonar a los que les ofenden, el ayudar a quienes necesiten de Uds.

3. Ofrezcan también con generosidad donaciones voluntarias, limosnas y contribuciones, que sean el fruto de alguna privación en su colación diaria, en sus gustos y aficiones. Esas donaciones ayudarán a la extensión del Reino de Dios entre los niños y adolescentes no cristianos.

Con sus oraciones, con sus sacrificios y con sus generosas limosnas lleven y acerquen a Jesucristo a muchos niños, correspondiendo a la invitación que les hace en el Evangelio: "Dejen que los niños vengan a mí. ¿Por qué se lo impiden? El Reino de Dios es para los que se parecen a los niños" (Mc. 10, 14).

Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, en la misa que, con motivo de la fiesta de la Infancia y Adolescencia Misioneras, presidió en la Catedral Metropolitana de Quito el día sábado 30 de enero de 1993.

BODAS DE ORO DEL COLEGIO "NUESTRA MADRE DE LA MERCED"

Hoy, 19 de enero de 1993, es día de especial trascendencia para este Colegio "Nuestra Madre de la Merced". Es el día en que se cumple el quincuagésimo aniversario de la fundación de la primera Comunidad de Religiosas Mercedarias en Quito, es la fecha jubilar de las Bodas de Oro que celebra con júbilo la Comunidad Educativa de este importante establecimiento de educación católica que funciona en la Arquidiócesis de Quito.

Precisamente por este motivo en esta fecha jubilar se ha congregado una selecta representación del Instituto de Religiosas Mercedarias Misioneras de la provincia del Ecuador y de la comunidad educativa del Colegio "Nuestra Madre de la Merced para lanzar el Pregón de la celebración del Año Jubilar de las Bodas de Oro de la fundación de este Colegio.

La fundación del Colegio "Nuestra Madre de la Merced"

En el año de 1935 llegaron al Ecuador las tres primeras religiosas Mercedarias Misioneras: María de las Nieves Mounlain, María del Espíritu Santo Cama y María Javier Soubirós. El exmercedario, P. Carlos Nájera, párroco de Chone había solicitado a la Madre María de la Cruz Simons, Superiora General de entonces, una fundación de Religiosas Mercedarias Misioneras en su parroquia de Chone, en la provincia de Manabí. Habían salido de Barcelona el 26 de abril y pisaron tierra ecuatoriana en el puerto de Libertad, el 15 de mayo de 1935.

Ocho años después de llegadas las Mercedarias al Ecuador, logran llegar a Quito en 1943. El día 19 de enero es como un día de triunfo, no solo para las fundadoras: María del Espíritu Santo Cama, María del Rosario García, María del Santísimo Sacramento Santiago, María Javier Soubirós y María Esperanza Aguilera, lo es también para todas las personas que se interesaron porque se hiciera realidad la obra de la fundación de las Religiosas Mercedarias en la ciudad de Quito. Los Padres Mercedarios y algunas familias quiteñas ayudan económicamente al sostenimiento de la nueva Comunidad. La Comunidad de Quito se inició en una pequeña casa

antigua ubicada en las cercanías de la Alameda y de la Iglesia de El Belén. Después la Comunidad se traslada a otra casa de mayor capacidad, también arrendada, en la calle Espinosa. En esta casa se abren dos puertas: una para las vocaciones que llegan y la otra para las niñas que acuden al Colegio de Quito, que desde el principio recibe el nombre de "Nuestra Madre de la Merced".

El arrendamiento de la calle "Espinosa" se contrata para ocho años, al cabo de los cuales, el 31 de julio de 1951, Colegio y Noviciado se traslada a su nueva casa propia, a medio construir, junto a la Ermita o capilla de "El Consuelo".

La capilla de Nuestra Señora del Consuelo con su terreno adyacente pertenecía a la parroquia eclesiástica de San Blas y, por lo mismo, la Curia Metropolitana de Quito, legal propietaria de ese inmueble, consiente en que las Mercedarias edifiquen en ese terreno el Colegio. Más tarde la comunidad de Mercedarias adquiere la propiedad del imnueble.

La religiosa María del Buen Consejo Mills, que durante mucho tiempo fue la Superiora de esta Casa, tiene el mérito de ser la hábil constructora de este magnífico edificio, en el que ha venido funcionando el Colegio Nuestra Madre de la Merced.

La Comunidad de Mercedarias imprime su espíritu y su carisma en la regencia de este Establecimiento de Educación Católica que va adquiriendo progresivamente un renombrado prestigio. Varios sacerdotes desempeñan el rectorado del Colegio, como el Rvmo. Wilfrido Barrera, luego el P. Luis Alberto Luna Tobar, actual Arzobispo de Cuenca y, después, el que habla, que fue Rector hasta 1969, año en que fui nombrado Obispo Auxiliar de Quito. Podemos afirmar que Sor Mercedes de Jesús Doval fue, durante muchos años, la gestora de la eficacia educativa y del merecido prestigio del Colegio, al que la Comunidad de Religiosas Mercedarias Misioneras ha regentado con responsabilidad, eficiencia y gran sentido apostólico y pastoral. Corona la magna edificación principal del Colegio la construcción de la bella y magnífica capilla en cuya hornacina principal se exhibe la alba y bella imagen de Nuestra Madre de la Merced, que en actitud maternal protege el crecimiento físico, intelectual y espiritual de las varias generaciones de alumnas que han pasado por las aulas del Colegio en este lapso de tiempo de cerca de media centuria.

Como Arzobispo de Quito y, por tanto, responsable de la acción pastoral en esta Iglesia particular, intervengo en esta sesión en que se lanza el Pregón de la

celebración del Año Jubilar de las Bodas de Oro del Colegio "Nuestra Madre de la Merced".

Acción de gracias y felicitación

En esta intervención, deseo expresar mi ferviente acción de gracias a Dios, que en su Providencia, se dignó conceder a la Arquidiócesis de Quito el beneficio de la presencia y actividad apostólica de las Religiosas Mercedarias Misioneras, que con la regencia del Colegio "Nuestra Madre de la Merced" han contribuido a la educación cristiana y al crecimiento en la fe de varias generaciones de niñas y jóvenes que han frecuentado las aulas de este Establecimiento.

Felicito y agradezco a la Comunidad de Religiosas Mercedarias por la magnífica labor apostólica que han desarrollado y desarrollan en la educación católica de la niñez y juventud femeninas de la Arquidiócesis de Quito, incorporándose así a la actividad pastoral de la evangelización y educación en la fe de las alumnas y en la formación de la comunidad educativa, vale decir, de la comunidad cristiana con el personal docente, con los padres de familia y con el alumnado del Colegio.

Mi felicitación entusiasta a este Colegio "Nuestra Madre de la Merced" que en el conjunto de establecimientos de educación católica de la Arquidiócesis de Quito se ha distinguido por la eficacia de su labor educativa y por la solidez de la educación en la fe y en la vivencia cristiana impartida a las alumnas que han frecuentado sus aulas.

Hago votos porque la celebración de este Año Jubilar de las Bodas de Oro del Colegio "Nuestra Madre de la Merced" contribuya efectivamente a llevar a la práctica las líneas y orientaciones pastorales dadas por la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo:

- A las Religiosas Mercedarias les recuerdo que Santo Domingo les dice: "Los carismas de las Ordenes y Congregaciones religiosas, puestos al servicio de la educación católica en las diversas iglesias particulares de nuestro Continente nos ayudan muchísimo para cumplir con el mandato recibido del Señor de ir a enseñar a todas las gentes (Mt. 28, 18-20), especialmente en la evangelización de la cultura" (N. 275). Santo Domingo formula un llamamiento a los religiosos

y religiosas a que perseveren en este campo tan importante de la educación católica y que "la opción preferencial por los pobres se manifiesta también en que los religiosos educadores continúen su labor educativa en tantos lugares rurales tan apartados como necesitados".

- Al personal docente que labora en este Colegio le recuerdo que Santo Domingo declara: "Alentamos a los educadores cristianos que trabajan en instituciones de Iglesia y a los profesores católicos que trabajan en instituciones no católicas. Debemos promover la formación permanente de los educadores católicos en lo concerniente al crecimiento de su fe y a la capacidad de comunicarla como verdadera sabiduría especialmente en la educación católica" (n. 273).

- A los padres de familia Santo Domingo les apoya a que decidan de acuerdo a sus convicciones el tipo de educación para sus hijos. Los padres de familia son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Por tanto, en un espíritu de comunidad educativa, que cooperen con el Colegio en la delicada labor de educar adecuada y convenientemente a sus hijas.

- A todo el Colegio le recuerdo que Santo Domingo afirma: "Nuestros compromisos en el campo educativo se resumen sin lugar a dudas en la línea pastoral de la inculturación: la educación es la mediación metodológica para la evangelización de la cultura. Por tanto nos pronunciamos por una educación cristiana desde y para la vida en el ámbito individual, familiar y comunitario y en el ámbito del ecosistema; que fomente la dignidad de la persona humana y la verdadera solidaridad; educación a la que se integre un proceso de formación cívico-social inspirado en el Evangelio y en la doctrina social de la Iglesia". (n. 271).

El Colegio debe comprometerse con una educación verdaderamente evangelizadora. Aspiremos, con ocasión de estas Bodas de Oro, a hacer del Colegio una verdadera Comunidad educativa, centro de irradiación evangelizadora, con la participación de alumnas, padres de familia y educadores bajo la dirección acertada, eficaz y prudente de la Comunidad de Religiosas Mercedarias Misioneras y con la protección maternal de "Nuestra Madre de la Merced", que también puede ser invocada como la Estrella de la Nueva Evangelización.

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO

COMO DEBEMOS VIVIR LA CUARESMA

Al Presbiterio de Quito, a las comunidades religiosas, a los agentes de pastoral, a los seglares comprometidos en movimientos a los católicos y a los fieles de la Arquidiócesis de Quito

Estimados hermanos:

Desde el miércoles de ceniza, 24 de febrero, hasta el Triduo Pascual, que comenzará el 8 de abril de 1993, vamos a vivir el tiempo fuerte del año litúrgico denominado "Cuaresma".

La Cuaresma es el período del año litúrgico en el cual la Iglesia desea que los cristianos nos preparemos, por la penitencia y la reconciliación, a celebrar el misterio pascual de Cristo en las próximas Semana Santa y Pascua.

En Cuaresma debemos escuchar la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la que llama y convoca a los cristianos a la fe y a la conversión. Por eso, en Cuaresma, deben organizarse en las parroquias y comunidades eclesiales de base: asambleas cristianas, jornadas de reflexión, ejercicios espirituales o misiones, a fin de dar oportunidad al pueblo cristiano de escuchar la Palabra de Dios y de reflexionar en ella. De manera especial preparemos en esta Cuaresma asambleas cristianas para reflexionar sobre el documento conclusivo de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Santo Domingo. Preferentemente estudiemos en esta Cuaresma las partes del documento de Santo Domingo que se refieren a Jesucristo, como la primera, en la que se presenta a Jesucristo como Evangelio del Padre o la segunda, en la que Jesucristo nos es presentado como Evangelizador viviente en su Iglesia.

En las asambleas cristianas o jornadas de reflexión de Cuaresma podemos también comenzar a exponer el contenido del "Catecismo de la Iglesia Católica"

Atendamos a la invitación que nos formula el Papa "a meditar", durante esta Cuaresma, la Palabra de vida dejada por Cristo a su Iglesia para que ilumine el camino de cada uno de sus miembros. Reconoced la voz de Jesús que os habla, especialmente en este tiempo de Cuaresma, en la Iglesia, en las celebraciones litúrgicas, en las exhortaciones de vuestros pastores (Mensaje para la Cuaresma de 1993).

En Cuaresma debemos meditar en la Pasión del Señor

En Cuaresma debemos meditar en el misterio pascual de Cristo, en el misterio de su pasión y muerte en la Cruz y en el misterio de su gloriosa resurrección, a fin de que lo celebremos y participemos de él en Semana Santa y Pascua. La meditación del misterio pascual del Señor nos dispondrá a participar de él con la penitencia y la conversión, pues es necesario que muramos al pecado y que recucitemos a una vida nueva, a la vida de hijos de Dios por la gracia.

Meditemos en la pasión y muerte de Jesucristo, mediante la práctica piadosa del "Vía Crusis", que debemos realizar en nuestras Iglesias parroquiales y conventuales los miércoles y viernes de Cuaresma.

Meditemos en la pasión y muerte redentora de Jesucristo mediante la participación piadosa y activa en las celebraciones litúrgicas de Cuaresma, especialmente de la Semana Santa, en la que, desde el Domingo de Ramos, se conmemoran los misterios de la pasión, muerte y gloriosa resurrección de nuestro Divino Redentor.

En Cuaresma celebramos nuestra conversión y reconciliación

En Cuaresma Dios nos llama a la penitencia y a la conversión, al cambio de vida y a la renovación espiritual. Dios quiere que en Cuaresma nos alejemos del pecado y retornemos a su amistad por medio de la conversión. En Cuaresma celebramos nuestra conversión mediante la recepción del sacramento de la penitencia y de la reconciliación.

Que en todas nuestras Iglesias parroquiales y conventuales se establezcan horarios fijos para atender a los fieles en el sacramento de la penitencia. Que en nuestras Iglesias se señalen en esta Cuaresma algunos días para la celebración comunitaria del sacramento de la penitencia y reconciliación. Los sacerdotes de los equipos zonales pueden ayudarse para celebrar por turno en sus parroquias el sacramento de la penitencia con la celebración comunitaria de la liturgia de la Palabra y la confesión y absolución individuales de cada penitente.

En Cuaresma compartamos nuestros bienes con los más necesitados

La práctica de la penitencia cuaresmal debe llevarnos a privarnos de nuestros gustos, de los gastos superfluos, a fin de compartir con los más pobres el fruto de nuestras privaciones y penitencias.

También el Papa Juan Pablo II nos invita en esta Cuaresma de 1993 a poner en práctica y en forma concreta la solidaridad y la caridad fraterna, unidas a la búsqueda espiritual de este tiempo fuerte del año litúrgico.

Durante esta Cuaresma, realicemos una vez más la "Campaña Múnera 1993" en todas nuestras parroquias, en las iglesias conventuales, en los establecimientos educacionales y en las diversas instituciones de la Arquidiócesis de Quito.

Para la Campaña Múnera 1993 se nos propone este lema: "Dios ama al que da con alegría ¡Porque compartir es amar!".

Como fruto de nuestra mortificación y penitencia, demos con alegría nuestro aporte generoso en la parroquia, en el colegio, en la Curia Metropolitana. Recordemos que Dios ama al que da con alegría y demos una prueba concreta de nuestro amor, compartiendo nuestros bienes con los más pobres. Los destinatarios de la Campaña Múnera 1993 serán especialmente los ancianos. Que ellos experimenten la alegría y el consuelo de nuestra preocupación por ellos y de nuestro amor.

La Campaña Múnera 1993 culminará con la colecta general que se realizará en todas las iglesias parroquiales y conventuales y en todos los oratorios y capillas de la Arquidiócesis de Quito. El producto de esta colecta será entregado en la Curia Metropolitana de Quito, en la Secretaría de Temporalidades o en la oficina de Múnera, a fin de dedicarlo a los destinatarios de la Campaña Múnera 1993.

Estimados hermanos, entremos en este tiempo de Cuaresma como en un tiempo de gracia y como en unos días de salvación, a fin de que con nuestra conversión y renovación espiritual nos incorporemos efectivamente al misterio pascual del Señor, muriendo al pecado y resucitando a la vida de santidad y de la gracia.

Quito, a 24 de febrero de 1993, Miércoles de ceniza.

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO

ADMINISTRACION ECLESIASTICA

Nombramientos

A partir del 13 de noviembre de 1992, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, ha extendido los siguientes nombramientos:

NOVIEMBRE

13	Al Rvdo. P. Demetrio Healy L., Solidario en la cura pastoral de San José Obrero del Comité del Pueblo.
16	Al Dr. Luis Villafuerte A., Sra. María del Carmen de Peñaherrera y Sra. María de Velasteguí, les confirma en sus cargos de Presidente, Tesorera y Secretaria, respectivamente, cargos para los cuales han sido nombrados por la última Asamblea de la Renovación Carismática Católica.
16	Al Rvdo. P. Oscar González, c.j.m., se le confirma en su cargo de Asesor Arquidiocesano de la Renovación Carismática Católica.
20	Al Rvdo. P. Fausto Trávez, Ofm. Párroco de Ntra. Sra. de Guápulo.
20	Al Rvdo. P. Jorge Enríquez Silva, Ofm., Solidario en la cura pastoral de la Floresta.

ENERO

04	Al Rvdo. P. Giorgio de Checchi, Asesor de la Pastoral de los Trabajadores de la Zona Pastoral "Quito Norte".
04	Al Rvdo. P. Walter Heras, Ofm., Asesor Eclesiástico de las Hermandades del Trabajo.

Ordenaciones

SEPTIEMBRE

05	En la Iglesia parroquial de San Juan Bautista de la Kennedy, Mons. Luis Teodoro Arroyo Robelly, Sdb., confirió el Orden Sagrado del Presbiterio al Rvdo. Sr. Edwin Ojeda, diácono salesiano.

DICIEMBRE

03	El Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, admitió como candidatos para recibir Ordenes Sagradas a los Sres. Xavier Santiago Cachago, Roberto Neppas, Luis Fabián Ochoa y Pedro Efraín Sevilla, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito.
18	En la Iglesia parroquial de Santo Tomás de Aquino (Las Casas), el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito confirió el Orden Sagrado del Presbiterado a los Rvdos. Sres. Alberto Farinango y Johnny Zozoranga, diáconos de la Orden de Predicadores.
19	En la Catedral Metropolitana de Quito, el Excmo. Mons, Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, confirió el Ministerio del Lectorado al Sr. Hugo Edmundo Bass Ayala, seminarista de la Arquidiócesis de Quito; el Ministerio del Acolitado al Sr. Francisco Javier Garcés; y el Orden Sagrado del Diaconado a los Sres. Xavier Santiago Cachago, Luis Fabián Ochoa y Pedro Efraín Sevilla, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; al Sr. Carlos Aguirre Briceño, miembro de la Congregación de la Misión; y al Sr. Danilo Antonio Medina, profeso de la Sociedad de San Pablo.

ENERO

02	Mons. Gonzalo López Marañón, Obispo Vicario Apostólico de Sucumbíos, confirió el Orden Sagrado del Diaconado, en la Iglesia parroquial de El Carmelo, al Sr. Víctor Mendoza Castillo, religioso profeso de la Orden de Carmelitas Descalzos.

Decretos

NOVIEMBRE

16	Decreto de erección de un Oratorio destinado a la Comunidad Educativa del Colegio San Francisco de Sales, en la ciudad de Quito.
16	Decreto de erección de un Oratorio en la Casa de las Hermanas Misioneras de Schoenstatt, en la ciudad de Quito.
16	Decreto de erección de la Casa-Hogar "Madre Rafaela de la Pasión Veintimilla" de la Congregación de Religiosas Agustinas "Hijas del Santísimo Salvador", en la ciudad de Quito.
28	Decreto de erección del Noviciado de los Misioneros del Verbo Divino en el Ecuador.

ENERO

06	Decreto de erección de un Oratorio en la Sede de la Renovación Carismática Católica, en la ciudad de Quito.

INFORMACION ECLESIAL

En el Ecuador

Obispo Auxiliar para la Diócesis de Portoviejo

La edición semanal en lengua española de L'Osservatore Romano del 18 de diciembre de 1992 publicó la noticia de que el Papa Juan Pablo II nombró Obispo titular de Autenti y auxiliar de Mons. José Mario Ruiz Navas, Obispo de Portoviejo, al presbítero Francisco Vera Intriago, manabita por nacimiento.

El sacerdote Francisco Vera Intriago nació en Junín, provincia de Manabí, el 7 de octubre de 1942. Actualmente tiene 50 años de edad. Estudió en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede de Quito, donde frecuentó durante dos años la Facultad de Jurisprudencia. Sintiéndose llamado al sacerdocio, entró en el Seminario "San León Magno" de Cuenca, donde estudió filosofía. Estudió Teología en el Seminario de San Zenón de Verona (Italia). Recibió la ordenación sacerdotal el 28 de junio de 1970, incardinado en la diócesis de Portoviejo. Ha desempeñado los oficios de Vicario parroquial y de Párroco. Desde 1979 es Vicario General de la Diócesis.

Recibió la ordenación episcopal en la Catedral de Portoviejo, siendo su consagrante principal Mons. José Mario Ruiz Navas. Participaron en la ordenación episcopal el señor Nuncio Apostólico y un buen número de obispos de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, presididos por su Presidente, Mons. Antonio J. González Z.

Auguramos a Mons. Francisco Vera un fecundo y prolongado ministerio episcopal. ■

Condecoraciones a Josefa Garaygordóbil

En la casa de ejercicios "Nuestra Señora de El Quinche" de El Inca, el martes 29 de diciembre de 1992, se realizó una sesión, en la que Josefa Garaygordóbil, del Instituto de Misioneras Seculares, recibió las siguientes condecoraciones: una del Gobierno Nacional, dada a través del Ministerio de Relaciones Exteriores; el señor Ministro de Educación y Cultura, Dr. Eduardo Peña T. le impuso personalmente una condecoración al mérito educativo; en fin, la Confederación Nacional de Indígenas del Ecuador (CONAIE) le concedió también una condecoración por el valioso trabajo que había realizado la Misionera Josefa Garaygordóbil, como directora de la Casa de El Inca, en favor de la educación y

promoción de las clases populares del Ecuador y de las comunidades indígenas, por medio de cursos, encuentros y convivencias organizados en la Casa de Ejercicios de El Inca.

La Misionera Josefa Garaygordóbil trabajó durante muchos años en el Ecuador y a principios de 1993 retornó a España, dejando en nuestra Patria un buen recuerdo. ■

Bodas de Plata Episcopales de Mons. Vicente Cisneros

El sábado 9 de enero de 1993, se celebró en la Catedral de Ambato una solemne Eucaristía, desde las 10 horas, a fin de conmemorar los veinticinco años de la ordenación Episcopal de Mons. Vicente Cisneros Durán, Obispo de Ambato y Secretario General de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Presidió la concelebración de esta Eucaristía Mons. Vicente Cisneros y participaron en ella el señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, el señor Nuncio Apostólico, Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, numerosos obispos de la Conferencia Episcopal, el presbiterio de la diócesis de Ambato y varios presbíteros de otras diócesis.

Pronunció la homilía Mons. Néstor Herrera, Obispo de Machala, quien fue compañero de seminario y de ordenación sacerdotal de Mons. Cisneros.

La Catedral de Ambato estaba completamente llena con la presencia de las autoridades de la provincia de Tungurahua y de la ciudad de Ambato, de comunidades religiosas y de fieles de la Diócesis.

Mons. Vicente Cisneros fue nombrado Obispo Titular de Tigisi de Mauritania el 1º de diciembre de 1967 y recibió la consagración episcopal en la Catedral de Ambato, el 7 de enero de 1968. Por eso el 7 de enero de 1993 se cumplió el 25º aniversario de su ordenación episcopal.

Después de la Eucaristía, se realizó en la misma Catedral de Ambato un acto de homenaje a Mons. Cisneros, en el que se leyó una carta autógrafa gratulatoria que S.S. el Papa Juan Pablo II le envió con ocasión de esta fecha jubilar; se leyó también una larga carta del señor Cardenal Bernardin Gantin, Prefecto de la Sgda. Congregación para los Obispos.

El Presidente de la Conferencia Episcopal felicitó a Mons. Cisneros con ocasión de sus Bodas de Plata Episcopales y, a nombre de la Conferencia Episcopal, le hizo el presente de un sagrario y de una contribución pecuniaria del personal de la Conferencia para el Seminario Mayor de Ambato. Un diputado de Tungurahua entregó a Mons. Cisneros la condecoración al "Mérito Eclesiástico" que le otorgó el Congreso Nacional. El señor Alcalde de Ambato le impuso la condecoración de la "Cruz de Montalvo" y el señor Gobernador le entregó un acuerdo de congratulación a nombre del Gobierno Nacional.

Formulamos los votos más fervientes de un fecundo ministerio episcopal de Mons. Vicente Cisneros para muchos años. ■

Un ecuatoriano fue elegido Presidente de la CIEC

La Confederación Interamericana de Establecimientos de Educación Católica (CIEC), que tiene su sede en Bogotá, en su última asamblea celebrada en Asunción (Paraguay) eligió como su Presidente al R.P. Jorge Ugalde, S.D.B., Presidente de la Confederación Ecuatoriana de Establecimientos de Educación Católica (CONFEDEC).

La CIEC agrupa a 12'000.000 de alumnos de establecimientos de educación católica, con casi medio millón de educadores y a unos 24.000 establecimientos de educación católica repartidos en 23 países del Continente Americano.

El P. Jorge Ugalde es también en el Ecuador Secretario Ejecutivo del Departamento de Educación Católica de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

El Padre Jorge Ugalde, desde la Presidencia de la CIEC se empeñará en que esta entidad interamericana promueva y defienda la libertad educativa en el Continente, se preocupe de atender a las clases menos favorecidas mediante una sólida educación y en que se brinde a la juventud una educación actualizada y basada en los principios morales y trascendentales del cristianismo. ■

La Editorial "Abya-Yala" fue condecorada por el Municipio de Quito

En la sesión solemne que el 4 de diciembre de 1992 celebró el I. Municipio de Quito, con ocasión de las fiestas de la Fundación española de San Francisco de Quito, otorgó el premio Municipalidad de Quito, consistente en Medalla de Oro con el Escudo de la Ciudad y un Diploma de honor a la Editorial "Abya-Yala". Se concedió este premio a "Abya-Yala" por ser una empresa que con dinamismo y mística se ha propuesto dar a conocer los valores culturales de los distintos pueblos americanos, a través de sus publicaciones claras y precisas.

Recibió esta condecoración el P. Juan Botaso, S.D.B., Director de la Editorial "Abya-Yala". ■

Mariápolis de 1993

El Movimiento de los Focolares, que funciona en el Ecuador, organizó la Mariápolis de 1993, del 20 al 22 de febrero, en el Colegio "Giovanni Farina" de San Rafael, en el Valle de los Chillos.

Tratando de llevar a la práctica las directivas pastorales de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo, el argumento central de esta Mariápolis fue el de la inculturación. El tema de la Mariápolis fue el siguiente; "Inculturación es entrar en la cultura del otro", como un camino para llegar a descubrir aquellas "semillas del Verbo", presente en la cultura de cada pueblo. ■

Mons. Raúl López Mayorga acudió a Roma, a la presentación del Catecismo de la Iglesia Católica

Su Santidad el Papa Juan Pablo II promulgó, el 8 de diciembre de 1992, el Catecismo de la Iglesia Católica y lo presentó oficialmente a los fieles de todo el mundo.

La Santa Sede pidió a las Conferencias Episcopales que enviaran a Roma a un delegado suyo, para que participara en la ceremonia de la presentación oficial del Catecismo que el Papa realizó en la Basílica Romana de Santa María la Mayor.

La Conferencia Episcopal Ecuatoriana delegó a Mons. Raúl López Mayorga, Obispo de Latacunga, y Presidente de la Comisión Episcopal del Magisterio de la Iglesia, a fin de que viajara a Roma a participar en la ceremonia de la promulgación y presentación oficial del "Catecismo de la Iglesia Católica".

S.S. el Papa Juan Pablo II, dijo, al presentar el Catecismo: "El Catecismo de la Iglesia Católica es un instrumento cualificado y autorizado, que los pastores de la Iglesia han querido que les sirviera ante todo a sí mismo como ayuda válida en el cumplimiento de la misión, recibida de Cristo, de anunciar y testimoniar la "buena nueva" a todos los hombres. ■

II Semana Nacional de Filosofía Tomista

La Sociedad Internacional "Tomás de Aquino" Sección Ecuador (SITA-EC) organizó la II Semana Nacional de Filosofía Tomista, en la ciudad de Quito, desde el 25 hasta el 29 de enero de 1993.

El tema general de la Semana fue el siguiente: "El Derecho en Santo Tomás de Aquino". Pero el objetivo específico de la Semana de Filosofía Tomista fue el de investigar sobre los fundamentos filosóficos de los derechos humanos. La esencia racional, libre, social y política del hombre es la fundamentación de los derechos humanos.

Estos son algunos de los temas desarrollados en la Semana Nacional de Filosofía Tomista: "Etica y Filosofía del Derecho en Tomás de Aquino" por el Dr. José Vega Delgado" "El Derecho político en Sto. Tomás de Aquino" por el Dr. Ramiro Borja y Borja; "El hombre como persona, sujeto del Derecho" por el Lcdo. Fernando Esparza Dávalos; "El Derecho Natural, Fundamento de todo Derecho" por el P. Enrique Almeida; "El Ordenamiento Jurídico de la comunidad internacional según el P. Francisco de Victoria" por el Dr. Jorge Salvador Lara; "Las Leyes de Indias, Primer Corpus Juris Socialis" por la Dra. Isabel Robalino; "Bartolomé de las Casas y su defensa jurídica de los indios" por el Dr. Mario Andino.

El discurso inaugural estuvo a cargo de Mons. Antonio Arregui y pronunció el discurso de clausura el Lcdo. Francisco Salazar Alvarado. ■

En el mundo

Nombramientos de antiguos dirigentes del CELAM

Mons. Darío Castrillón Hoyos, Obispo de Pereira y que desempeñó los cargos de Secretario General y de Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en el mes de diciembre de 1992 fue promovido al cargo de Arzobispo Metropolitano de Bucaramanga en Colombia.

Mons. Ramón Ovidio Pérez Morales, Obispo de Coro y antiguo Presidente del Departamento de Comunicación Social de CELAM ha sido también nombrado, en el mes de diciembre de 1992, Arzobispo Metropolitano de Maracaibo (Venezuela). Mons. Ovidio Pérez es actualmente Presidente de la Conferencia Episcopal Venezolana y Consejero de la Comisión Pontificia para América Latina.

Mons. Oscar Andrés Rodríguez Madariaga, S.D.B., hasta ahora Obispo titular de Pudenziana y auxiliar del Arzobispo de Tegucigalpa, fue nombrado en el mes de enero de 1993 Arzobispo Metropolitano de Tegucigalpa. Mons. Oscar Andrés Rodríguez Madariaga tiene 50 años de edad. Recibió la ordenación sacerdotal, como salesiano, el 28 de junio de 1970. Fue nombrado Obispo titular de Pudenciana y auxiliar de Tegucigalpa el 28 de octubre de 1978. Desempeñó el cargo de Secretario General del CELAM en el período anterior. Actualmente es Presidente del Comité Económico del CELAM. Sucede como Arzobispo de Tegucigalpa a Mons. Héctor Enrique Santos Hernández, S.D.B. ■

El Papa Juan Pablo II ordenó a once nuevos Obispos

Su Santidad el Papa Juan Pablo II confirió la ordenación episcopal a once nuevos Obispos de la Iglesia Católica en la mañana del 6 de enero de 1993, en la patriarcal Basílica Vaticana.

Entre los nuevos Obispos está Mons. Elio Sgreccia, nombrado secretario del Consejo pontificio para la familia, el 5 de noviembre de 1992; Mons. Luigi Sposito, secretario de la prefectura para los asuntos económicos de la Santa Sede; Mons. Norbert Klemens Strotmann Hoppe, nombrado Obispo auxiliar del Arzobispado de Lima el 20 de diciembre de 1992.

El rito de ordenación episcopal, celebrado en la Epifanía, pone de manifiesto la catolicidad de la Iglesia, llamada a ser, como Cristo, "luz de las naciones" y punto de encuentro para todos los pueblos de la tierra, a los cuales envió Cristo a los Apóstoles que, en sus sucesores, los obispos, continúan su misión de salvación. ■

Encuentro de ayuno y oración por la Paz en Asís

En los días 9 y 10 de enero de 1993, S.S. el Papa Juan Pablo II convocó a los presidentes de las Conferencias episcopales de Europa y a otros dirigentes religiosos a unas jornadas de oración y ayuno, para pedir a Dios el don de la paz para Europa y especialmente para Bosnia-Herzegovina. Ya en el "Angelus" del 1º de enero, el Papa había expresado: "Cómo no desear que, por fin, vuelva la paz a las martirizadas tierras de Bosnia-Herzegovina y a toda la región de los Balcanes?". ■

45º Congreso Eucarístico Internacional se celebrará en Sevilla

El 45º Congreso Eucarístico Internacional se celebrará en Sevilla, España, del lunes 7 al domingo 13 de junio de 1993, fiesta de Corpus Christi. Este Congreso Eucarístico Internacional será clausurado por el Papa Juan Pablo II el último día, 13 de junio, solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo.

El lema de este Congreso es el siguiente: "Cristo, Luz de los pueblos" Eucaristía y Evangelización son los elementos temáticos sustanciales. El lema del Congreso será desarrollado en los siguientes temas de exposiciones o ponencias: Una nueva evangelización para un mundo nuevo; Cristo, luz de los pueblos, resplandece sobre la faz de la tierra; La Eucaristía, culmen y fuente de la evangelización; Contenido y riqueza evangelizadora de la Eucaristía; Adoradores en espíritu y en verdad. El último día, el 13 de junio, bajo el lema del Congreso "Cristo, luz de los Pueblos", se celebrará con la presencia del Santo Padre la "Statio Orbis" y la inauguración de un Centro de obras sociales. ■

Mensaje de S.S. Juan Pablo II con ocasión de la firma del acuerdo de paz en El Salvador

El día 15 de diciembre de 1992, el Gobierno del Presidente Alfredo Cristiani de El Salvador y el Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí (FMLN) firmaron el cese definitivo de las hostilidades. En la ceremonia participaron los Presidentes de Guatemala, Jorge Serrano; de Honduras, Rafael Callejas; de Nicaragua, Violeta Chamorro; el Vicepresidente, Dan Quayle, de los EE.UU.; el Nuncio Apostólico en El Salvador, Mons. Manuel Monteiro de Castro y el Cuerpo Diplomático.

Fue huésped de honor el señor Boutros-Ghali, Secretario General de las Naciones Unidas. El acto oficial comenzó con un minuto de silencio en recuerdo de las 75.000 víctimas de la guerra civil. Siguieron los discursos oficiales pronun-

ciados por el Presidente Cristiani, el líder del FMLN Shafick Handal, el Secretario de la ONU, Boutros Ghali y otras autoridades extranjeras.

Con motivo del cese definitivo de las hostilidades, el Santo Padre envió a Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en El Salvador un mensaje firmado por el Cardenal Secretario de Estado en el que alienta a los gobernantes de El Salvador a un renovado empeño por el bien común, superando los intereses de parte y abriendo nuevos horizontes de justicia y de convivencia pacífica. ■

Nuevo Superior Provincial de los Eudistas

Después de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo, el R.P. Jorge Jiménez, que desempeñaba el cargo de Superior Provincial de Eudistas de Colombia, fue nombrado Obispo de Zipaquirá y ya recibió la ordenación episcopal y tomó posesión canónica de su diócesis.

Para llenar la vacante que dejó Mons. Jorge Jiménez, el Muy Rvdo. P. Pedro Drouin, C.J.M., Superior General de los Eudistas, designó como Superior provincial de los Eudistas en Colombia al R.P. Diego Jaramillo C., que trabajaba en el Minuto de Dios de Bogotá.

Las casas que los PP. Eudistas tienen en el Ecuador, como el Seminario Mayor de "San José" de Quito, pertenecen a la Provincia de Colombia y dependen del Superior Provincial, que reside en Bogotá. ■

Sesquicentenario de la Obra Pontificia de la Infancia y Adolescencia Misioneras

1. ¿Qué es?

Es un movimiento eclesial de los niños y adolescentes cristianos para los niños y adolescentes de todo el mundo.

a. ¿Por qué misionera?

Porque los niños y adolescentes toman conciencia de pertenencia a la Iglesia de Cristo, por naturaleza misionera y por esto colaboran con las misiones.

b. ¿Por qué pontificia?

Porque el Papa la ha tomado como propia.

2. Historia:

Con el nombre de "Obra Angélica" en Nancy, Francia; en 1843 gracias al celo apostólico de Monseñor Carlos Augusto Forbin Jasson y de Paulina Jaricot, quienes, conmovidos por el infanticidio secular sistematizado y legalizado, concibieron la idea de salvar la inocencia pagana por medio de la inocencia cristiana. El Papa Pío XI la elevó a la categoría de Obra Misional Pontificia el 3 de mayo de 1922, por medio del Motu Propio "Romanorum Pontificum" (A.A.S. XIV, 325).

3. Objetivo General:

"Despertar progresivamente en los niños y adolescentes una conciencia misionera universal y moverlos a compartir la fe y los medios materiales con los niños de las regiones e Iglesias más desprovistas a este respecto. (Estatutos II, III 6).

Mora y Asociados
Telf / Fax 438 866

ORACION

Para el 45º Congreso Eucarístico Internacional

Te damos gracias, Padre Santo,
porque nos revelas en Cristo,
luz de los pueblos,
el misterio de nuestra salvación.
El, verdadero cordero pascual,
con su muerte quitó
el pecado del mundo
y resucitado restauró nuestra vida.
En memoria de su entrega por nosotros
nos dejó como alimento
el sacramento de la Eucaristía que
nos hace partícipes, ya en este mundo,
de los bienes eternos de tu reino.
Derrama, Señor, tu Espíritu
sobre los que adoramos y proclamamos
la presencia de tu Hijo
en el misterio de nuestra fe
para que vivamos
en generosa solidaridad
con todos los hombres.
Y así, adoradores
en espíritu y en verdad,
demos testimonio del Evangelio
imitando a Mría, la madre de Jesús,
servidora obediente y humilde
de la obra de la salvación.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8992
For use in Library only

For use in Library only